

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 17 DE JUNIO DE 1912

Núm. 1.590

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1912



ODETTE Y CARLOS VI, cuadro de Augusto Félix Bauer

Odette de Champdivers fué de todas las favoritas del rey Carlos VI de Francia la que mejor supo con su bondad, con su dulzura y con su amor sincero distraer de sus tristezas al infortunado monarca, que padecía de incurable locura. Solían los dos jugar a los naipes en una cámara del viejo Louvre; de pronto el rey sentía que se aproximaba el momento en que le atacaba un loco frenesí y pedía al que, según él le atormentaba, que antes de continuar haciéndole sufrir le matase. Odette se acercaba entonces a Carlos VI, cogíale las manos y lloraba, y el rey volvía a la razón para secar las lágrimas de la que la corte denominaba «la pequeña reina.»

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el segundo tomo de los correspondientes a la serie de 1912. Será

LAS CREACIONES DE SHAKESPEARE

obra escrita en inglés por María Macleod y traducida al español por Enrique Massaguer.

En éste un libro interesantísimo, pues en forma de narración amena, novelesca, se explican en él las dramáticas concepciones del inmortal autor de *Edmundo*, conservando la narración toda la inspiración, toda la verdad profunda, toda la realidad seductora, toda la vibrante poesía que el trágico inglés imprimió en sus hermosas obras.

Avaloran el libro numerosas ilustraciones del celebrado artista Gordon Browne.

SUMARIO

Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *La fantasma*, por J. Téllez y López. — *Ignacio Pinazo*, por A. García Llansó. — *Monumento a dos héroes*. — *Dos obras de arte vendidas en más de un millón de francos*. — *La represión de la rebelión de Fez*. — *D. Francisco Rodríguez Martín*. — *La catástrofe del «Vendemiaire»*. — *Una misión norteamericana en Madrid*. — *Julio Ricordi*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades barcelonesas*. — *Actualidades matritenses*. — *Libros*.
Grabados.—*Olette y Carlos VI*, cuadro de A. Félix Bauer. — Dibujo de C. Vázquez, ilustración al cuento *La fantasma*. — *Apunte para el cuadro «Las hijas del Cid»*; *Cabeza de niño*; *Desnudo de mujer*; *Ignacio y Pepito*, cuadros de Ignacio Pinazo. — *Monumento a dos héroes*, obra de A. Rose. — *Busto de Sabina Houdón*, modelado por Houdón. — *Duval de l'Épigny*, retrato de Q. de la Tour. — *Fez*. — *Bustos de Alonso Cano*. — *Episodio de la vida de San Pascual*; *Muerte de San Antonio*, cuadros de J. Borrell. — *Jardín de Monforte*; *Fauno viejo*, cuadros de S. Rusiñol. — *R. Martín*. — *El «Vendemiaire»*. — *J. Ricordi*. — *Comisión norteamericana*. — *Barcelona*. — *Madrid*. — *Interlaken*. — *Guillermo Tell*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Omisión imperdonable sería no hablar en una crónica barcelonesa del grande y efectivo sentimiento que en el público literario de Cataluña causó la muerte de Menéndez y Pelayo. Nuestra ciudad puede envanecerse con el título de segunda patria del insigne montañés a quien, por muchos años y acaso por siglos, llorará la cultura ibérica. Entre Barcelona y el escritor se había establecido un vínculo más fuerte que el de la admiración y la gratitud, por todos los catalanes ilustrados profundamente sentidas y confesadas; y ese vínculo entrañable, superior al de la gloria y la nombradía, era el de la afinidad espiritual, el del cariño doméstico y de familia que entre nosotros evocaba su nombre. ¡Nombre excelso, que ya pertenece a los augustos dominios de la inmortalidad!

En uno de los instantes más turbulentos de nuestra historia contemporánea, allá por 1870 ó 71, llegó a esta ciudad, seguido de su modesto equipaje, un escolar recién salido de las aulas del Instituto y ansioso de penetrar en la Universidad a la cual le llamaban y atraían los prestigios de algo que ahora parece casi extinguido: una escuela de pensamiento y de investigación. ¿Quién, al apearse y poner pie en Barcelona aquel encogido mozuelo, hubiera podido adivinar la senda de gloria que iba muy pronto a emprender y la estela de claridad que ha de señalarla a los siglos futuros?

Un ilustre profesor de Química de la misma Universidad, gran bibliófilo y rebuscador de libros, hombre de peregrina erudición, curioso y *sabichengo*—según pintoresca palabra suya, de puro sabor asturiano,—sirvióle aquí de encargado y de tutor. Este hombre no fué otro que D. José Ramón de Luanco. Maestros de Menéndez fueron Milá y Fontanals, Rubió y Ors, Bergnes de las Casas, Vidal y Valenciano, Viscasillas. Entre sus condiscípulos se contaban Rubió y Lluch, Franquesa y Gomis, Obrador y Bennassar. La buena amistad de uno de estos camaradas, Rubió y Lluch, condujole un día al gabinete de cierto fotógrafo económico, por aquellas fechas establecido en la calle de Fernando; y allí el estudiante santanderino se hizo un retrato, ahora lleno de interés y que nos lo muestra tal como fué a los diez y seis años, con su frente alta de bóveda, la mirada llena de luz y de espíritu, la cara imberbe, metido todo él en una americana de grandes solapas ribeteada de cintas, la corbata de vistosos ramajes y el pantalón de «cuero» según la moda de entonces.

Pues bien: mientras España se debatía en las últimas convulsiones de la revolución de Septiembre y las calles de Barcelona se deshonraban un día y otro con las escenas de la indisciplina militar o se ensangrentaban con motines y barricadas; mientras en los templos profanados peroraban los capataces de la demagogia y las aras se convertían en pesebres para los caballos de la guardia nacional; mientras las llamas de Alcoy y de Cartagena parecían respon-

der a las llamas de la *Commune* de París y la guerra civil en el Norte y en la montaña de Cataluña era un eco de la Vendée eterna enfrente del eterno jacobinismo; mientras todo eso ocurría, allá, en las obscuras y sórdidas clases de la Universidad vieja, se incubaba el genio de la Restauración ideal de España, bajo la figura de ese mancebo retraído y lleno de modesta timidez, que tartamudeaba un poco al soltarse a recitar su lección, pero no de miedo ni de vaciedad, sino más bien como un cántaro lleno volcado de golpe, cuya boca es insuficiente para arrojar todo su caudal.

Aquel muchacho leía, devoraba sus libros de curso y los que no lo eran, nutriéndose con la medula de león de las cosas inmortales y de primera mano. Mientras el soplo de la discordia pasaba sobre su cabeza, indiferente al parecer, revivía en su alma predestinada todo el tesoro de la tradición, a la cual no pueden los pueblos renunciar impunemente. Así como el aura trágica del Terror fecundó en la soledad el genio de Chateaubriand y de De Maistre, los años universitarios de Menéndez pasados entre la zozobra de los tumultos y el dolor de los sacrilegios, vivísimo para su alma sinceramente cristiana, le armaron como al más puro paladín de la cruzada redentora contra las bárbaras demoliciones y los estragos inútiles.

Allá, por los puestos de libros de los *encantes* y en las arrinconadas tiendas de viejo, vagaba y husmeaba en sus horas de solaz ese adolescente de ojos de lince, escrutadores y concentrados en la busca de la rareza, donde tantos otros andarían a caza de la lubricidad clandestina. Y así empezó su gloriosa colección dejada ahora en herencia a la nativa ciudad de Santander.

La frondosa arboleda del viejo camino de Sans viole muchas veces pasear bajo su sombra susurrante leyendo alguno de esos libros vetustos de donde extraía el prodigioso saber que ha sido la maravilla del mundo culto. Los barrios antiguos y pintorescos de Barcelona conocíanlo también; y las calles que rodean la Catedral, y sus claustros llenos de arqueológica poesía, y los rincones ennoblecidos por el beso de la historia o la tradición, vieron en él una errante sombra familiar que iba a interrogarles a menudo como solicitando su secreto y su confianza.

¡Con qué sincera emoción nos hablaba de esto, la última vez que estuvo aquí, hace cuatro años, para asistir al cincuentenario de los Juegos Florales y leer la magnífica semblanza de su amado mentor y maestro D. Manuel Milá! Salía del hotel, todas las mañanas, completamente solo; y dirigía sus pasos en dirección de las antiguas andanzas y hacia donde le atraían los inolvidables recuerdos de su ya lejana juventud escolar. Y, ¡qué desencanto muchos días! La mitad de aquella Barcelona de antaño, poética y dulce, entrañable e íntima, había desaparecido ya, sepultada en las explanaciones de las grandes vías modernas, regularizada por la cuadrícula del Ensanche, transformado en nuevas y flamantes arquitecturas el añejo desorden episódico de las plazuelas, arcos, espolones, soportales, fuentecillas y retablos de farolillo. Y el recuerdo a Vilanova, piadoso cantor de ese mundo desaparecido, asociábase a sus propias nostalgias y a la grave melancolía que velaba sus ojos y su voz.

Porque en Barcelona no sólo aprendió Menéndez a amar y comprender nuestras glorias, nuestras ideas, nuestros antiguos escritores y, en suma, toda la vertiente de la civilización catalanoaragonesa que debía integrar después en sus grandes síntesis y revisiones de la historia intelectual de España, operando una restitución generosa y noble, contra el separatismo al revés que sistemáticamente las excluía y menospreciaba; no sólo se preparó y documentó para las vindicaciones de la alta cultura nacional que la prosaica superficialidad progresista tenía en entredicho y, sobre el terreno y mediante la sugestión del *genius loci*, pudo leer claramente en nuestro pasado, sino que recibió aquí la forma de su espíritu y la consolidación de su inteligencia.

Y este sello, grabado para siempre en un alma como la del inmenso escritor, vale para Cataluña tanto o más todavía que toda su obra apologética y de investigación, que todos sus estudios objetivos y expresos sobre Arnaldo de Vilanova y Ramón Lull, sobre Boscán y Cabañas o sobre la vitalidad poética del idioma nativo proclamada a los cuatro vientos en su famoso discurso de los Juegos Florales de 1888. Mucho valen y representan estos insignes testimonios explícitos de cuya verdadera eficacia, aun ahora mismo, no nos damos cuenta claramente. Mas yo creo preferible a ellos y superior a ellos ese otro testimonio implícito de la estructura moral aquí recibida por Menéndez en sus tiernos años estudiantiles y confesada y declarada siete lustros después,

en ocasión solemne, cuando ya se hallaba en la suma plenitud de su talento y su gloria.

Eterna gratitud le debe Cataluña por su perseverante labor redentora, mas no creo menor la que nace de las confesiones siguientes, cuando en la semblanza de Milá trató de la escuela catalana, de su sentido histórico y positivo, de su pausada indagación y recta disciplina, respetuosa con todos los datos de la conciencia. «En esta escuela—dice Menéndez—me eduqué primeramente, y, aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que, a falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, *mi primitivo fondo es el que debo a la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente no se ha modificado nunca*. A esta escuela debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos verbalismos menos distantes de lo que parece, se dividían el campo filosófico, y convertían en gárrulos sofistas o en repetidores adocenados a los que querían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de lo humano y lo divino.»

«Allí—añade—aprendí lo que vale el testimonio de la conciencia y conforme a qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar, histórico, relativo, condicionado, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto) sino a la prudente cautela del *ars nesciendi*. Allí la visión de lo concreto, manifestada en las formas tradicionales del arte y la costumbre y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, tenía aventajados intérpretes que a cualquier escuela de Europa hubieran honrado, y entre los cuales descollaban dos que bien podemos llamar eminentes: D. Francisco Javier Llorens y D. Manuel Milá y Fontanals.»

Moda ha sido declamar contra el sentido exclusivamente práctico de los catalanes y, de esta propensión, deducir una absoluta incapacidad ideal. ¿Pero no es sorprendente que, en medio de esa cultura haya surgido un Maragall, todo idealidad y pureza, y que, antes hubiera nutrido la mente generosa de Menéndez y Pelayo y le hubiese impuesto su cuño definitivo y permanente, como él se complació en proclamar, no hace más que cuatro años? Por esto decía que podemos ufanarnos de algo todavía más valioso que las obras del gran polígrafo concernientes a Cataluña, de algo todavía más enorgullecedor que sus vindicaciones y exhumaciones de nuestro tesoro intelectual; y ese algo es la influencia que el espíritu catalán y nuestra tradición de crítica y de pensamiento ejercieron en sus altísimas dotes hasta el punto de atraerlo a su órbita y mantenerlo fundamentalmente dentro de ella en toda la duración de su vida literaria, triunfal y sin precedentes en los dos últimos siglos.

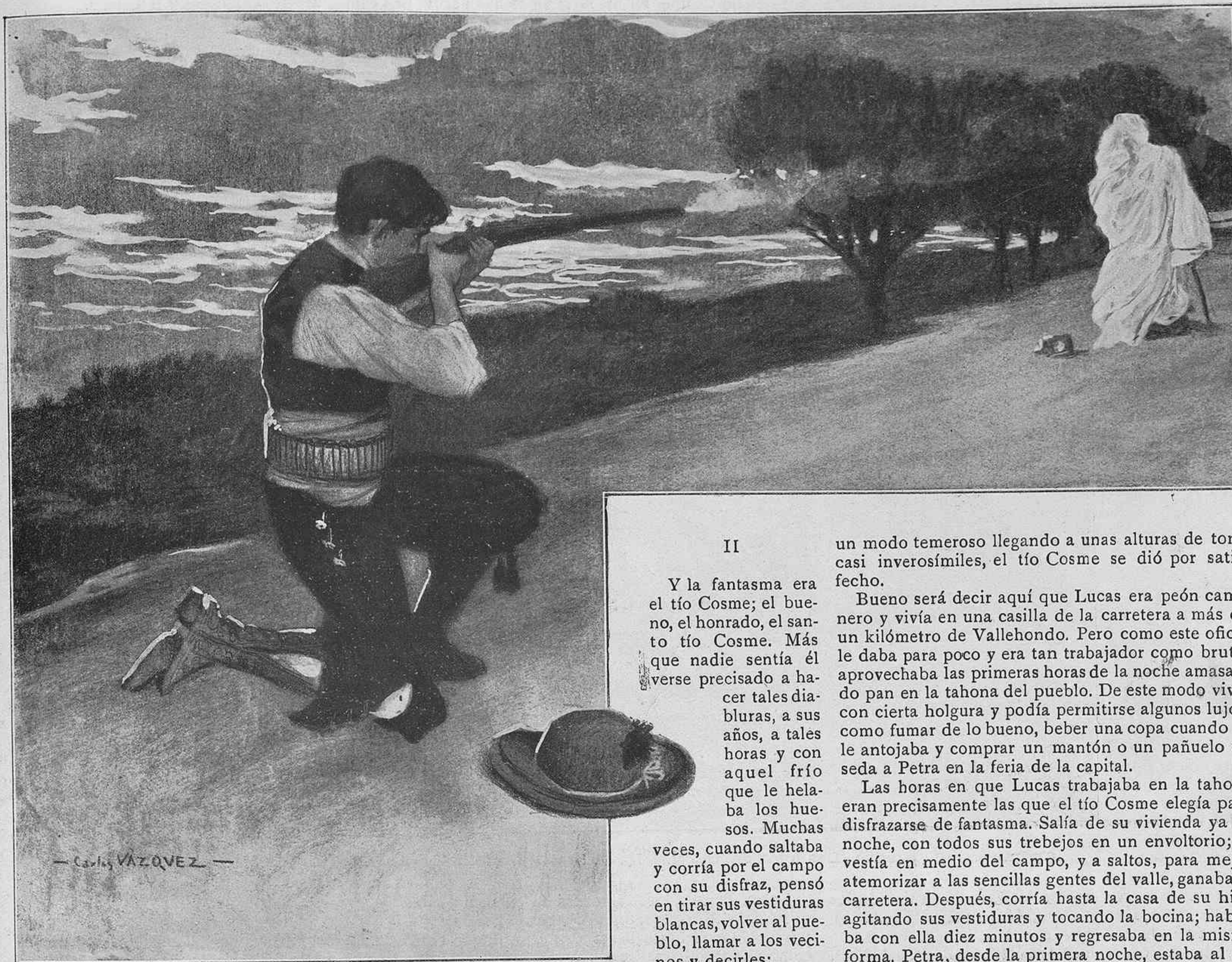
Otras regiones y ciudades se han adelantado a Barcelona en la glorificación o tributo póstumo debido a Menéndez. El de Cataluña no puede ser efímero, sino que debe mirar a la eternidad, porque de carácter eterno es el beneficio que recibiera con las obras inmortales del maestro y con la honra de esa filiación espiritual, jamás olvidada y desmentida. ¡Prodigio de la vida humana y del tiempo! Aquí están aún los que le vieron llegar un día, tímido y balbuciente, para dar principio a sus estudios universitarios; los que le vieron en los corredores y en las aulas. «¡Bah!—dirían algunos,—un estudiante más; un aplicado, un sobresaliente, del cual nada sabremos así que obtenga su título y se ausente.»

Han pasado los años: cuarenta años, y el cielo de la gloria universal se ha enriquecido con este nombre brillantísimo. Su carrera está señalada por un rastro de luz, por un surco de oro. Y de este esplendor un reflejo recae sobre la escuela adusta y los graves doctores que modelaron la cera virgen; sobre la ciudad que le reveló tantos secretos de interpretación y poesía. ¿Cuándo volverá a repetirse el milagro? ¿Cuándo volverá a apearse de un tren, de una diligencia desvencijada, el futuro elegido de la patria y de la inmortalidad, entre la turba de los escolares ignotos que, por mil rutas y caminos, llegan a la ciudad en fiebre con el enigma del porvenir escondido en sus miserables maletas? ¿Dónde se incubaba ahora el nuevo prodigio? Y, ¿no será que la raza agotada con aquel esfuerzo necesite muchos años, siglos acaso, para repetirlo?

Feliz Barcelona que lo albergó, que presenció la maravilla milenaria y que ha participado de su gloria y de la luz de su entendimiento, suave y alta como su corazón.

MIGUEL S. OLIVER.

LA FANTASMA, POR JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ, dibujo de Carlos Vázquez



— Carlos VÁZQUEZ —

... y como no se detuviera pronto, la descerrajó un tiro a quemarropa

I

Desde que el mundo es mundo, no se había conocido en Vallehondo nada semejante. Sus vecinos, que no llegaban a trescientos, sentían, aparte del miedo, cierta vergüenza de que en el pueblo, un pueblo tan tranquilo, pasaran esas cosas. De aquello se hablaría en la capital del partido, en la capital de la provincia y hasta quizás en la capital de la nación, en aquel Madrid del que tantas cosas contaba el boticario cuando estaba de buen temple.

Era el caso, que al final de la sementera, un poco retardada aquel otoño, habíase presentado en el pueblecillo una fantasma terrible que tenía atemorizadas a todas las gentes del valle. Salía al toque de ánimas, las noches oscuras, no se sabía de dónde; daba saltos grandísimos; corría por el campo agitando sus blancos velos, siempre en dirección de la carretera; y ya en el camino real se alejaba, hasta desaparecer como si se la tragara la tierra. Los pocos que la habían visto, no eran capaces de describirla; era una cosa horrenda, informe, blanca, que unas veces crecía de pronto y otras veces disminuía de tamaño; que en un minuto se hacía ancha o estrecha, a su placer; cosas todas del demonio, en opinión de los vallehonderos o vallehondenses, que de ambos modos puede decirse.

Para mayor dolor, la fantasma daba unos alaridos que ponían espanto en el ánimo más valiente; las mujeres y las criaturas no podían conciliar el sueño oyéndolos; y aun los mismos hombres, cansados del trabajo, tenían que hacer grandes esfuerzos para dormir cuando andaba el vestiglo por el valle. No será necesario decir que, en estas noches, nadie salía de su casa; unos por miedo y otros por prudencia, esquivaban un encuentro con el duende, que nunca podría ser agradable.

soy yo. Pegadme, matadme, haced de mí lo que queráis ..

Pero una fuerza superior a su voluntad y a sus remordimientos le impedía cumplir este buen propósito. ¿Cómo hacer, entonces, para poder ver a su hija?

Porque ha de saberse que el tío Cosme tenía una hija, una sola hija, guapa como un sol, que se llamaba Petra. Viudo de dos años antes, había reconcentrado su cariño en la joven y no le era posible vivir sin verla, sin hablarla, sin contemplar su rostro, vivo retrato de la tía Gervasia, su compañera de cuarenta años, a quien añoraba a todas horas con suspiros y lamentos. Desgraciadamente, el marido de Petra, Lucas, era muy bruto y muy terco; y como de Petra, Lucas, durante el noviazgo, habíale hecho pasar el sino, como él decía, se vengaba ahora prohibiendo a su mujer visitarle y aun abrirle la puerta. Mientras vivió la tía Gervasia, el pobre padre se resignó a no ver a su hija; pero cuando quedó viudo y comprendió que Lucas no cedería, pues ni en tan duro trance permitió a Petra salir de su casa, puso toda su astucia de campesino al servicio de sus deseos, y después de algunas noches en claro, encontró un medio excelente para satisfacerlos. Fué a la ciudad próxima, bien provisto de duros, compró tela blanca y fuerte, una bocina y una linterna y regresó al pueblo contentísimo.

Y era de ver al tío Cosme, frente al espejo de su difunta, un gran espejo que él la regalara en épocas más felices, ensayándose para hacer de fantasma. Comenzó por coser a un sombrero de alas anchísimas el varillaje de un paraguas; colocando sobre este artefacto la tela y abriendo o cerrando el varillaje consiguió un efecto fantástico. Hizo unos agujeros en el lienzo, para ver y para asomar por ellos la linterna; y con esto y la bocina, que sonaba de

II

Y la fantasma era el tío Cosme; el bueno, el honrado, el santo tío Cosme. Más que nadie sentía él verse precisado a hacer tales diabluras, a sus años, a tales horas y con aquel frío que le helaba los huesos. Muchas

veces, cuando saltaba y corría por el campo con su disfraz, pensó en tirar sus vestiduras blancas, volver al pueblo, llamar a los vecinos y decirles:

—La fantasma que tanto os asusta y que tan malos ratos os da

un modo temeroso llegando a unas alturas de tono casi inverosímiles, el tío Cosme se dió por satisfecho.

Bueno será decir aquí que Lucas era peón caminero y vivía en una casilla de la carretera a más de un kilómetro de Vallehondo. Pero como este oficio le daba para poco y era tan trabajador como bruto, aprovechaba las primeras horas de la noche amasando pan en la tahona del pueblo. De este modo vivía con cierta holgura y podía permitirse algunos lujos, como fumar de lo bueno, beber una copa cuando se le antojaba y comprar un mantón o un pañuelo de seda a Petra en la feria de la capital.

Las horas en que Lucas trabajaba en la tahona eran precisamente las que el tío Cosme elegía para disfrazarse de fantasma. Salía de su vivienda ya de noche, con todos sus trebejos en un envoltorio; se vestía en medio del campo, y a saltos, para mejor atemorizar a las sencillas gentes del valle, ganaba la carretera. Después, corría hasta la casa de su hija, agitando sus vestiduras y tocando la bocina; hablaba con ella diez minutos y regresaba en la misma forma. Petra, desde la primera noche, estaba al corriente de la maniobra de su padre; y más muerta que viva le veía venir y marcharse. Tenía la seguridad de que aquello iba a terminar mal...

III

Porque Lucas, el bruto de Lucas, no bien se enteró de que por la carretera andaba una fantasma declaró solemnemente:

—¡Como yo la vea, la tumbo de un tiro!

Por fortuna, su trabajo de la tahona le impedía siempre llegar a tiempo. Petra, asustadísima siempre, no bien daba un beso a su padre, por la ventana, le obligaba a marchar, cada noche por distinto camino.

Pero lo que tenía que ocurrir, ocurrió. Una tarde en que Lucas se burlaba ante sus compañeros del miedo que las gentes tenían al vestiglo, alguien hubo de decirle:

—Pues tú hablas mucho; pero todo se te va en hablar...

¡Pacho! ¡Decirle eso a él! ¡A él que en su vida había temido a nada ni a nadie! ¡A él que había luchado con lobos y con osos mano a mano! ¡Ya verían aquellos cobardes lo que suponía una fantasma para un hombre de veras!

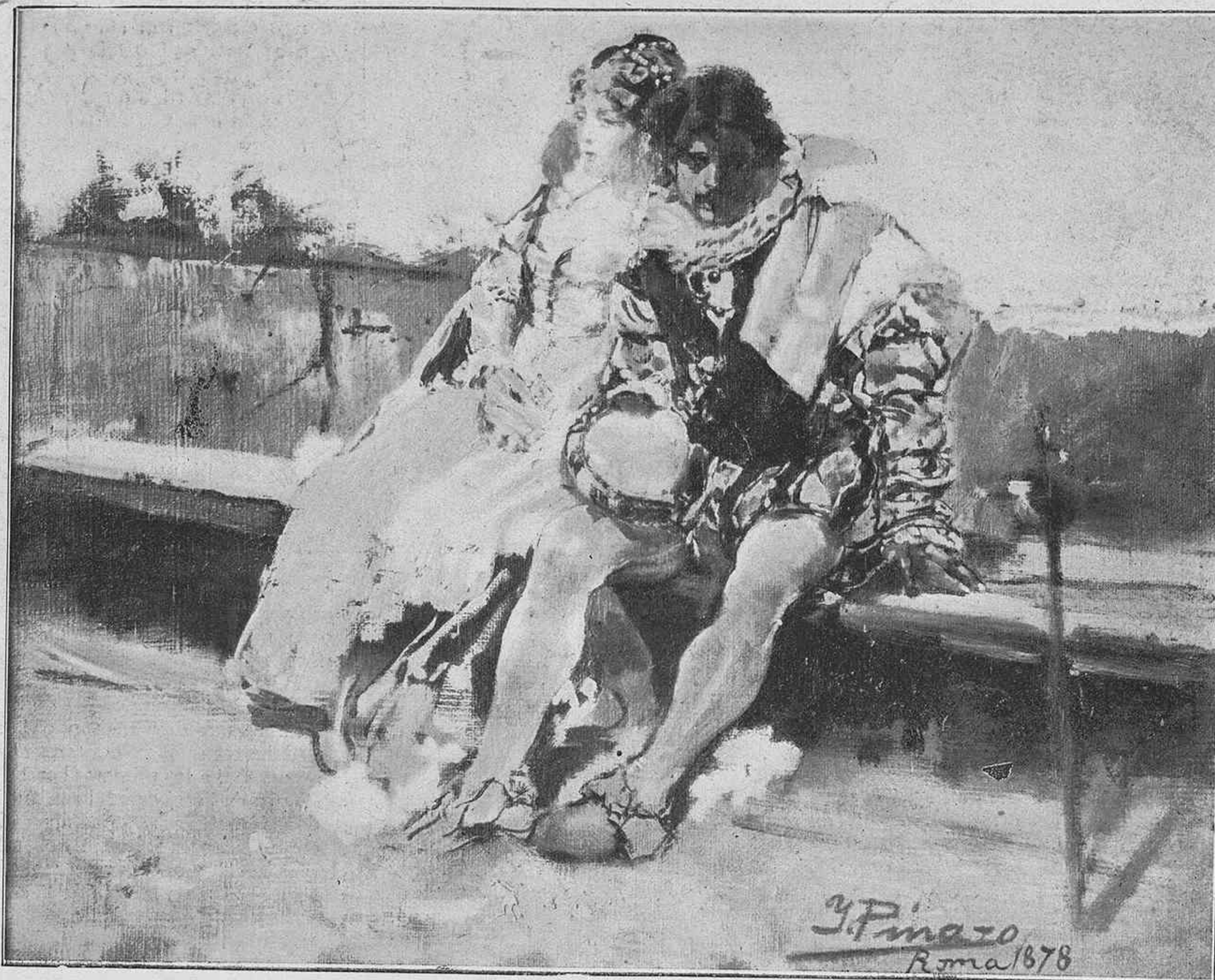
Y en efecto, aquella misma noche, sin decir nada a Petra, se apostó cerca del camino real, con su escopeta de dos cañones, bien cargada y una buena provisión de cartuchos, por si acaso. A la hora de siempre, la fantasma apareció en la carretera; venía más terrible que nunca, con su ojo de fuego y sus blancas vestiduras, aullando desesperadamente; pero Lucas la dió el «alto», y como no se detuviera pronto, la descerrajó un tiro a quemarropa. Un grito de dolor, repetido por los ecos, atravesó el silencio y las tinieblas de la noche; y aquella forma blanca se desplomó en el suelo, inmóvil.

IV

Lucas, apoyado en su escopeta, miraba aquella pobre cosa y se rascaba la cabeza. Un vago instinto le decía que acababa de cometer una barbaridad;

sano, dispuesto a hacer de fantasma si sigues tan bruto como antes. Cuando le tiraste, se hizo el muerto para que no le soltaras otro balazo. ¡Es muy listo el tío Cosme! Ni un rasguño le has hecho, tú que tiras tan bien...

justos, en el camposanto, entre cipreses y mirtos... Vive con Petra y con Lucas, que se deshacen por complacerle, y ha regalado a la Virgen del Valle, como exvotos, la linterna y la bocina.



Apunte para el cuadro «Las hijas del Cid», por Ignacio Pinazo. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1912.)

pero cuando se acercó a la fantasma y tiró de los velos blancos, haciendo rodar por el camino la linterna y la bocina, quedó yerto. ¡Aquello que tanto temían sus convecinos era el padre de Petra! ¡Y él, él le había matado! Fué un terror tan grande, tan violento, que no tuvo ánimos ni aun para llegar a su casa. Corrió, corrió por los campos sin mirar atrás hasta el pueblo más próximo y se entregó a la Guardia Civil, pidiendo a gritos que lo matasen...

Aquella noche, pasada en el cuartelillo, sentado en una tarima, mientras el viento aullaba por fuera, pensó mucho, muchísimo. Se encontraba tan criminal, tan despreciable, que todo castigo le parecía leve; pero su crimen no había sido matar al padre de Petra, sino condenar al pobre viejo a no ver a su hija, impulsarle a hacer de fantasma. Ya no tenía remedio la cosa; pero si él pudiera resucitar a su suegro, ¡con qué placer le pediría perdón y le llevaría a su casa y le pondría en el mejor sitio y trabajaría para él! ¡Qué vejez tan tranquila le proporcionaría! ¡Cómo le compraría tabaco y le contaría cuentos al amor de la lumbre! Pero estaba muerto, él le había matado y ya no le quedaba sino la cárcel, el presidio y el hambre de los suyos... Aquel sol que comenzaba a filtrarse por las rendijas del calabozo no se pondría sin contemplarle por la carretera, con las manos atadas, delante de la Guardia Civil... Y pensó en darse la muerte, allí mismo, golpeándose el cráneo contra las paredes...

De pronto, se abrió la puerta y entró el cabo en el calabozo, sonriendo, frotándose las manos.

—¿Qué tal has pasado la noche, pedazo de bruto?, exclamó.

—Bien, dijo Lucas secamente.

—Pues lárgate a tu casa.

El preso creyó haber oído mal. Pero el cabo continuó hablando:

—¿No me has oído? Que te puedes largar. Que no has matado a nadie. Tu suegro está bueno y

Lucas lloraba, reía, abrazaba al cabo, no sabía qué hacer... De repente echó a correr por la carretera y no paró hasta llegar a su casa, donde entró como una tromba, jadeando...

Desde entonces, no habría en el mundo un hom-



Cabeza de niño, cuadro de Ignacio Pinazo

bre tan feliz como el tío Cosme si no fuera porque su mujer, la tía Gervasia, duerme el sueño de los

IGNACIO PINAZO

La más alta distinción concedida en la Exposición Nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid, la medalla de honor, se ha otorgado al distinguido maestro Ignacio Pinazo. El homenaje general y unánime tributado al pintor valenciano ha de estimarse como el reconocimiento de sus méritos, como la admiración universalmente sentida hacia la labor realizada por el insigne artista.

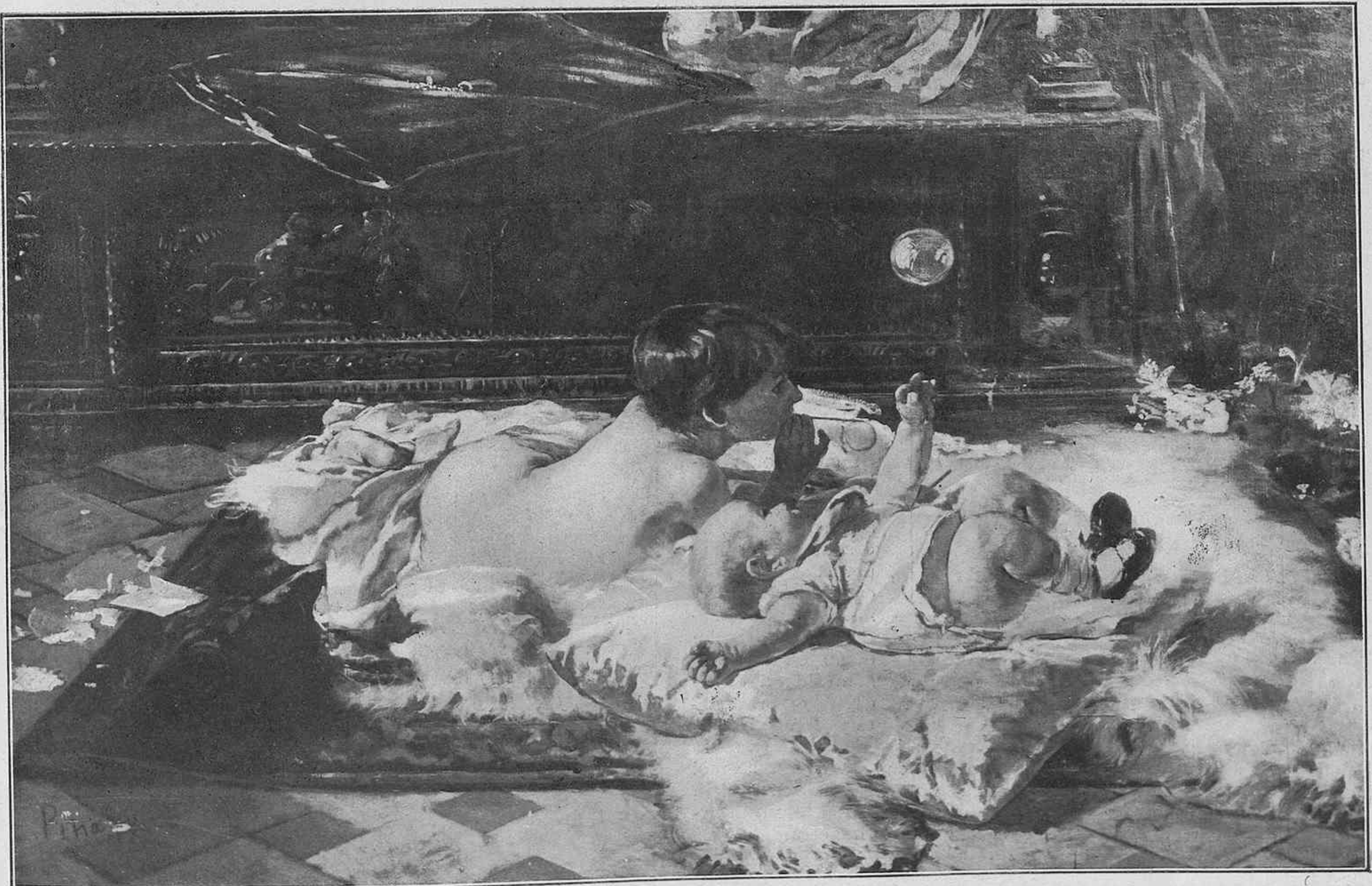
Nacido en Valencia, comenzó sus estudios en la Escuela de Bellas Artes de aquella capital, demostrando muy pronto su afición y aptitudes por la pintura, en la que realizó señalados progresos, según lo demuestra el hecho de haber obtenido en 1876, por oposición, una plaza de pensionado en Roma, concedida por la Diputación Provincial valenciana, por la presentación de su cuadro titulado *Francisco I desembarcando en Valencia después de la derrota de Pavía*.

A la Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid en el mismo año, concurrió con las obras *Corral de un herrador* y *El Rosario de la Aurora*, obteniendo, en el certamen de 1881, una medalla de segunda clase por su cuadro *Los últimos momentos del rey D. Jaime el Conquistador*. A estas producciones siguieron otras no menos notables, cual las tituladas *El cardenal Adriano recibiendo a una comisión de agermanados*, *El cementerio de Pisa*, *Las hijas del Cid*, *Vuelta del mercado*, *Caza de mariposas*, *Un mosquetero*, *Campaña romana* y otras, así como los numerosos retratos que ha producido, obras verdaderamente magistrales y a las cuales debe el concepto de maestría que se asigna a su personalidad.

La brillante historia artística del insigne maestro, su excelente y copiosa labor y sus singulares méritos, hacíanle acreedor a la alta recompensa que ha obtenido. Reciba el Sr. Pinazo nuestros plácemes y nuestra respetuosa consideración.—A. GARCÍA LLANSÓ.



Desnudo de mujer, cuadro de Ignacio Pinazo. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1912.)



Ignacito y Pepito, cuadro de Ignacio Pinazo. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1912.)

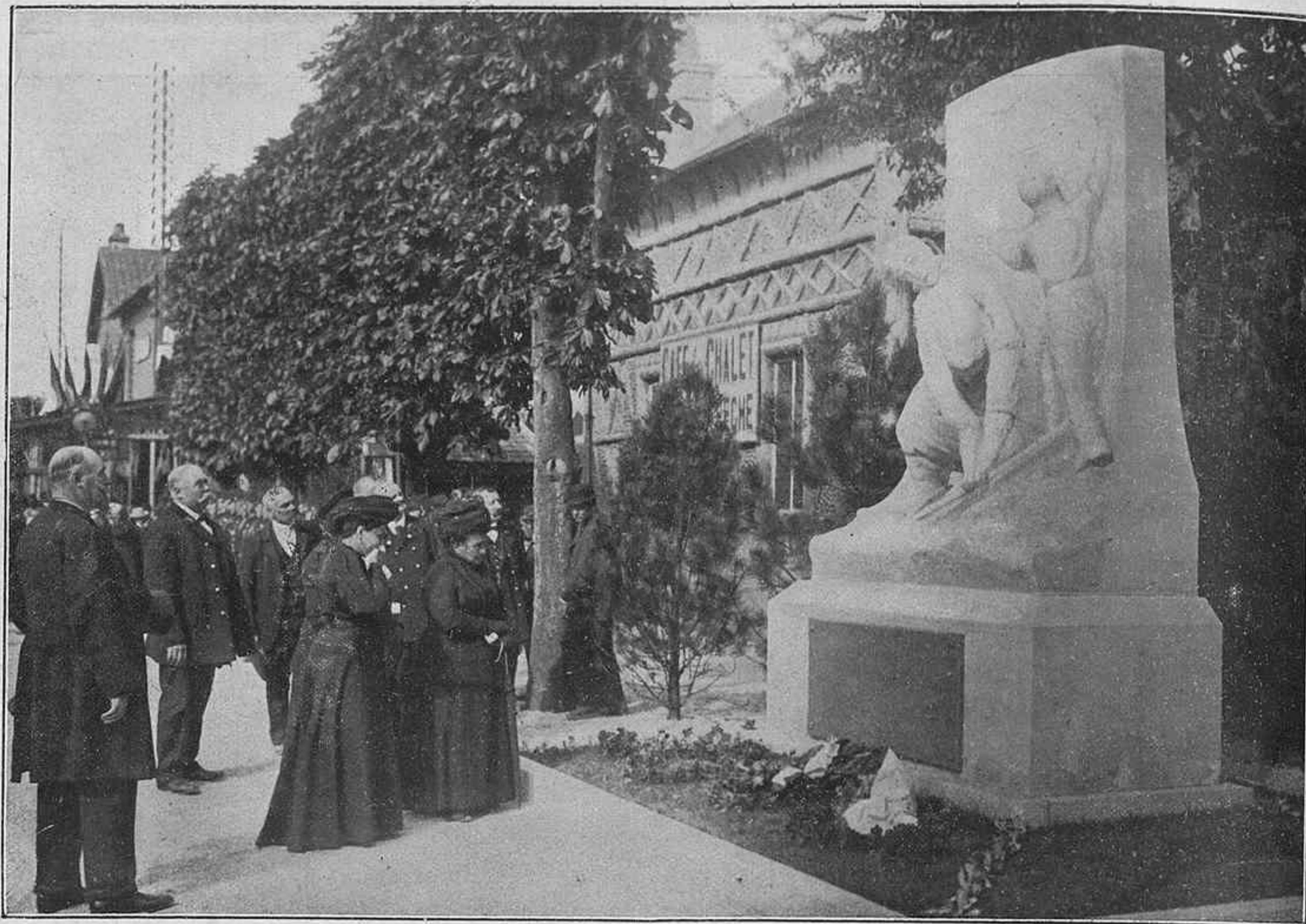
MONUMENTO A DOS HÉROES

El día 20 de septiembre de 1910, hallábanse varios obreros trabajando en el arreglo de la línea férrea cerca de la estación de La Faloise, cuando de pronto sonó el grito de «¡alerta!» para avisarles de que se acercaba a toda máquina un tren rápido. Pusieron en salvo los trabajadores, pero uno de ellos, Juan Heid, al querer retirarse, quedó con la mano cogida debajo del riel. Tendido sobre la vía, con los dedos destrozados, luchaba en vano por arrancarse de aquella presión mortal. Un compañero suyo, Adolfo Gras, dándose cuenta del peligro e impulsado por sus generosos sentimientos, abalanzóse sobre Heid y cogiéndolo en sus brazos, hizo sobrehumanos esfuerzos por libertarle; momentos después, otro obrero, Alcides Foy, que veía llegar el tren, acudió en auxilio de sus dos compañeros, cuando ya la máquina estaba casi encima de éstos, y en un arranque sublime irguióse delante del convoy, con los brazos levantados, como si con aquella señal desesperada quisiera detenerlo.

Tanta abnegación, tanto sacrificio, resultaron inútiles: pasó el tren con velocidad vertiginosa y sobre la vía quedaron los cuerpos destrozados de los tres infelices obreros.

El Ayuntamiento de La Faloise ha querido perpetuar la memoria de aquellos dos modestos héroes y erigió, en su honor, junto a la estación del ferrocarril y a unos 200 metros del sitio en donde ocurrió el hecho, un monumento, cuya ejecución fué confiada al distinguido arquitecto de la Escuela de Bellas Artes de Amiéns Alberto Rose, quien ha sabido reproducir con admirable acierto la primera fase de aquella trágica escena.

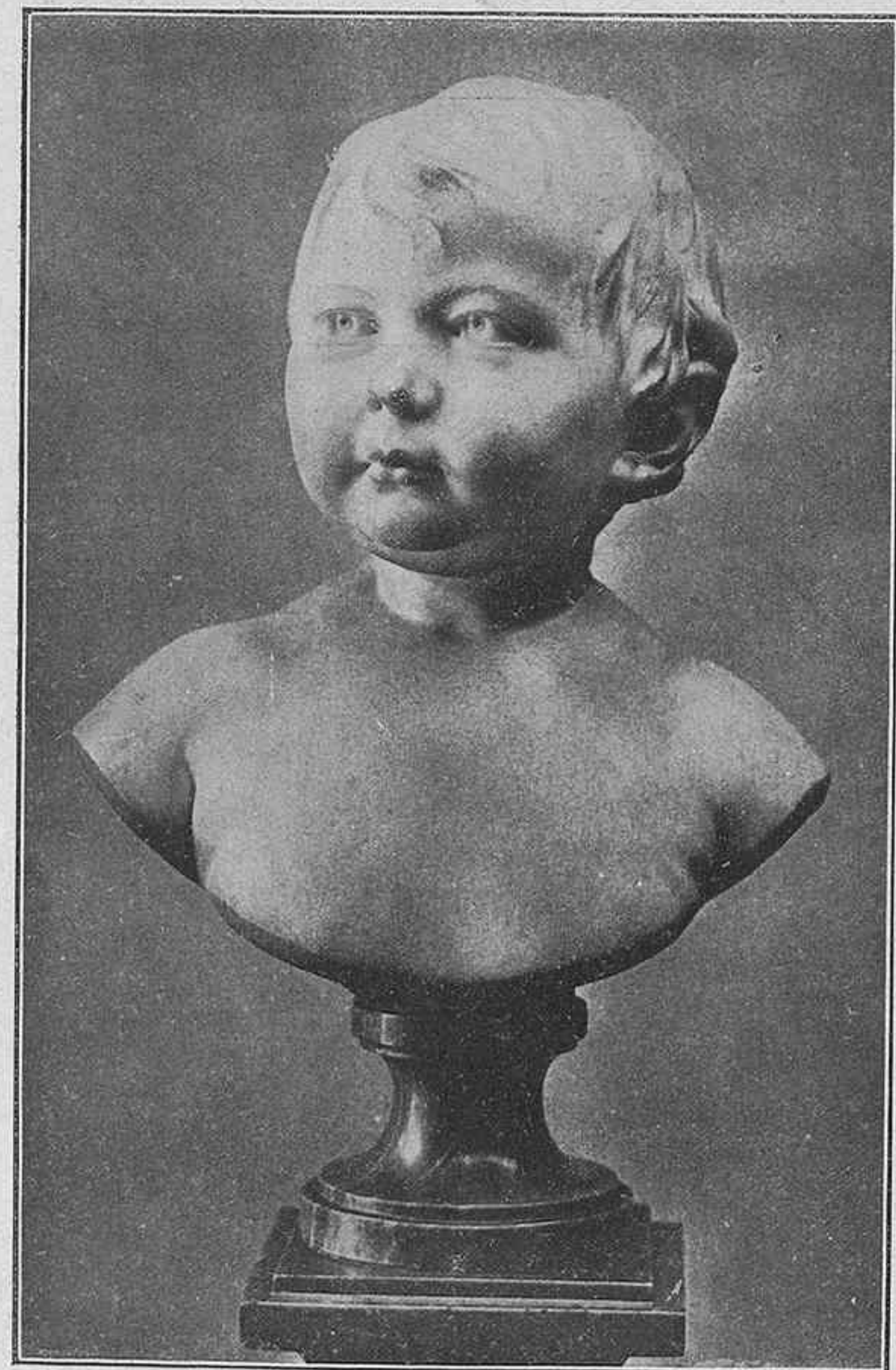
El gobierno, a su vez, ha considerado como un deber asociarse a aquel homenaje, y su presidente Sr. Poincaré, acompañado del ministro de Hacienda Sr. Klotz, presidió



Solemne inauguración del monumento, obra de Alberto Rose, erigido en La Faloise a la memoria de los dos obreros ferroviarios Adolfo Gras y Alcides Foy, que en 20 de septiembre de 1910 fueron destrozados por un tren por haber querido salvar la vida a un compañero. Delante del monumento están las viudas de los dos héroes. (De fotografía de Central-Photos.)

efectuó el domingo, día 9 del actual, y a la que concurrieron también, en representación de la Compañía del ferrocarril del Norte, los señores Rothschild, Griglot y Waru, presidente y vicepresidente respectivamente del Consejo de Administración.

Después de haberse hecho presentar a los individuos de las familias de las víctimas, el Sr. Poincaré dirigióse al sitio en donde se levanta el monumento y una vez allí pronunció un hermosísimo discurso. Comenzó dedicando sentidas frases a los marinos muertos a bordo del submarino *Vendémiaire*, en la catástrofe ocurrida el día anterior; recordó luego a los héroes en cuyo honor había sido alzado el monumento que se inauguraba; ensalzó después el sacrificio por ellos realizado, con un valor, un desinterés y una abnegación que les hacen dignos de vivir eternamente en el recuerdo de la presente y de las futuras



Busto de Sabina Houdón a la edad de diez meses, modelado en mármol por Houdón y recientemente adjudicado en París, en pública subasta, a Mr. Duveen, de Londres, por 450.000 francos. (De fotografía de Harlingue.)

generaciones, y terminó invitando a los misántropos, a los escépticos, a todos los que dudan de Francia o la calumnian, a que fueran a meditar junto a aquel monumento, en donde aprenderán una enseñanza comparable a la que nos han transmitido algunos relatos de la antigüedad, y comprenderán el tesoro inagotable de energías y de virtudes que existe en la democracia francesa.

DOS OBRAS DE ARTE VENDIDAS EN MÁS DE UN MILLÓN DE FRANCOS

Recientemente se ha vendido en París, en pública subasta, la colección que perteneció a Jacobo Doucet y que se componía de dibujos, pasteles, esculturas, cuadros, muebles y objetos de arte del siglo XVIII.

Para que se comprenda la importancia de esta colección bastará decir que la venta ha durado cuatro días y ha producido: el primer día (dibujos, acuarelas, guaches y pasteles), 3.312.600 francos; el segundo (esculturas y cuadros), 6.644.500; el tercero (porcelanas de China, porcelanas de Chantilly, porcelanas montadas en bronce, bronce y objetos de arte diversos), 1.443.770; y el cuarto (muebles y tapices), 2.493.500, es decir, un total de 13.884.460 francos.

De los precios alcanzados por algunos de los objetos de dicha colección pueden dar idea los del busto de Houdón y del retrato al pastel de Quentin de la Tour, que adjuntos reproducimos.



Duval de l'Épigny, retrato al pastel de Quentin de la Tour, recientemente adjudicado en París, en pública subasta, a Enrique Rothschild por 600.000 francos. (De fotografía de Harlingue.)



En el número 1.583 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dimos cuenta de la rebelión que a mediados de abril había estallado en Fez y que costó la vida a muchos europeos. Aquel movimiento revolucionario, manifestación del odio indígena hacia los franceses que, con la firma por el sultán del tratado de protectorado, se hacían señores o poco menos del imperio de Marruecos, fué rápidamente sofocado; y apenas restablecida la tranquilidad material, gracias a las disposiciones severísimas adoptadas por las autoridades civil y militar representantes de Francia, acometieron éstas la obra de aplicar el debido castigo a los rebeldes.

Y no anduvieron perezosas en esta labor; después de efectuar con gran rapidez detenciones a centenares, organizóse sin pérdida de momento el consejo de guerra que había de juzgar a los detenidos y que celebró su primera sesión el día 16 del pasado mayo.

De los procedimientos empleados por los franceses contra los inculcados da perfecta idea uno de los grabados que en esta página publicamos: esa *cadena* de prisioneros que son conducidos ante el consejo de guerra no habla muy alto en favor de los sentimientos humanitarios de quienes no han reparado algunas veces en calificar con los epítetos más duros ni en hacer las campañas más injustas y más furibundas contra quienes, en casos análogos, han hecho mucho menos que ellos.

El resultado de los consejos de guerra celebrados fué condenar a muerte a cuarenta y ocho marroquíes y a trabajos forzados a perpetuidad y a otras penas también graves a muchos más.

El temor de producir un nuevo levantamiento hizo que se aplazase algunos días la ejecución de los condenados y que ésta al fin se efectuase poco menos que secretamente. El día 24 de mayo los reos fueron conducidos con gran sigilo al lugar en donde habían de ser ejecutados y en grupos de seis, custodiados por dos legionarios, amarrados uno a uno en sendas estacas clavadas delante de una pared. Esta lúgubre operación se repitió, por consiguiente, ocho veces.

No asistió más público que los destacamentos de los tabores indígenas para que el acto les sirviese de ejemplo. Los pelotones de ejecución estaban formados por legionarios.

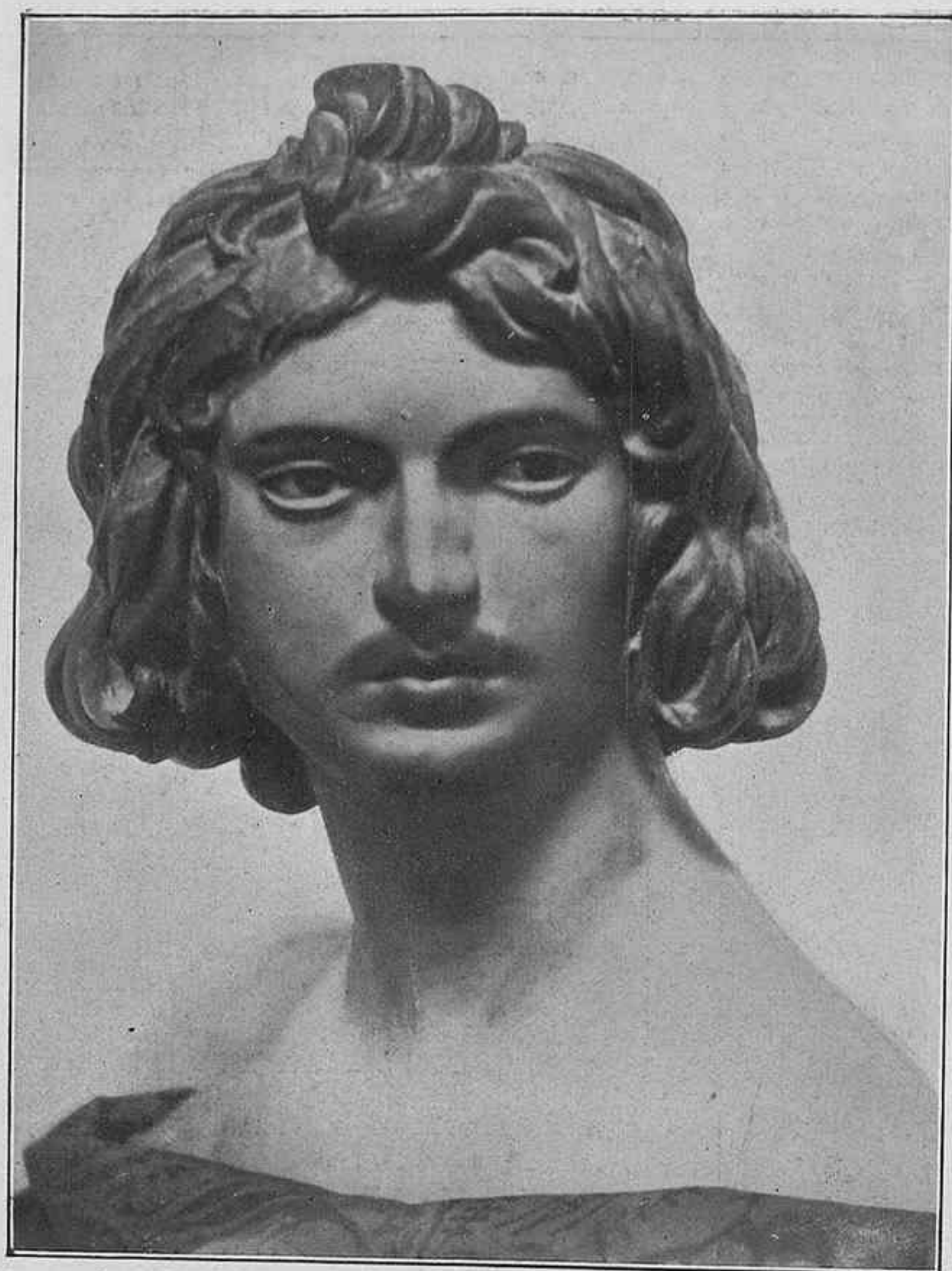
Terminados los fusilamientos, las tropas, según costumbre, desfilaron por delante de los cuarenta y ocho cadáveres tendidos sobre la hierba.

El mismo día de la ejecución llegó a Fez el general Lyautey, nombrado residente general de Francia en Marruecos, siendo obsequiado aquella tarde con un banquete por El Mokri, en nombre del sultán, y recibido en audiencia solemne por éste al día siguiente.

En los días 25, 26 y 28 la jarca rebelde atacó nuevamente aquella ciudad; los franceses, después de rudos y sangrientos combates, consiguieron rechazar al enemigo y en algunas salidas han podido, según parece, disolver los contingentes de rebeldes. — S.



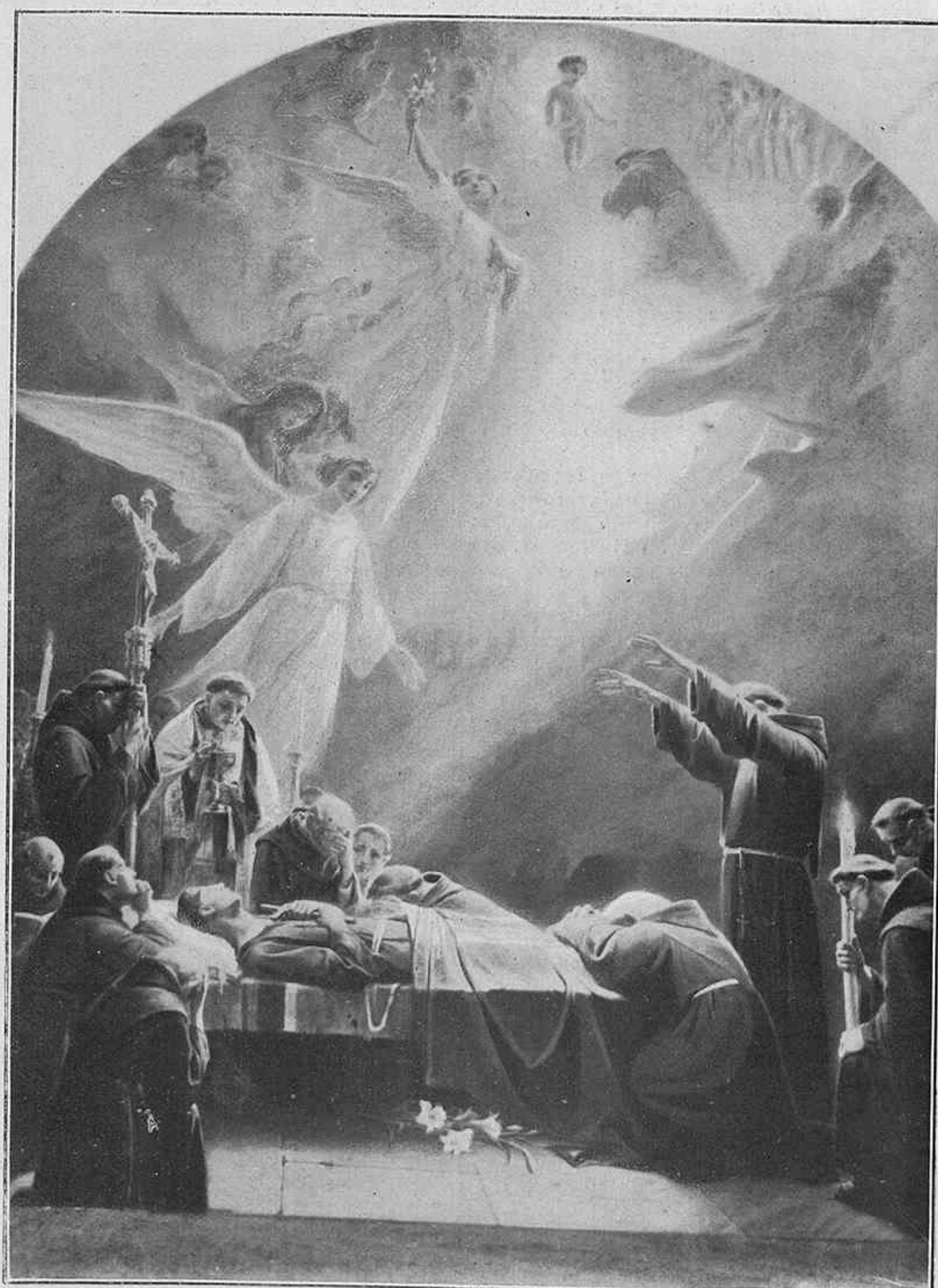
Una cadena de prisioneros conducidos al consejo de Guerra. — Una familia militar francesa: el general Lyautey, residente general de Francia en Marruecos, rodeado de su hijo y de sus cuatro sobrinos, todos militares. — Fusilamiento de los 48 árabes condenados a muerte por el consejo de Guerra a causa de la rebelión de Fez.



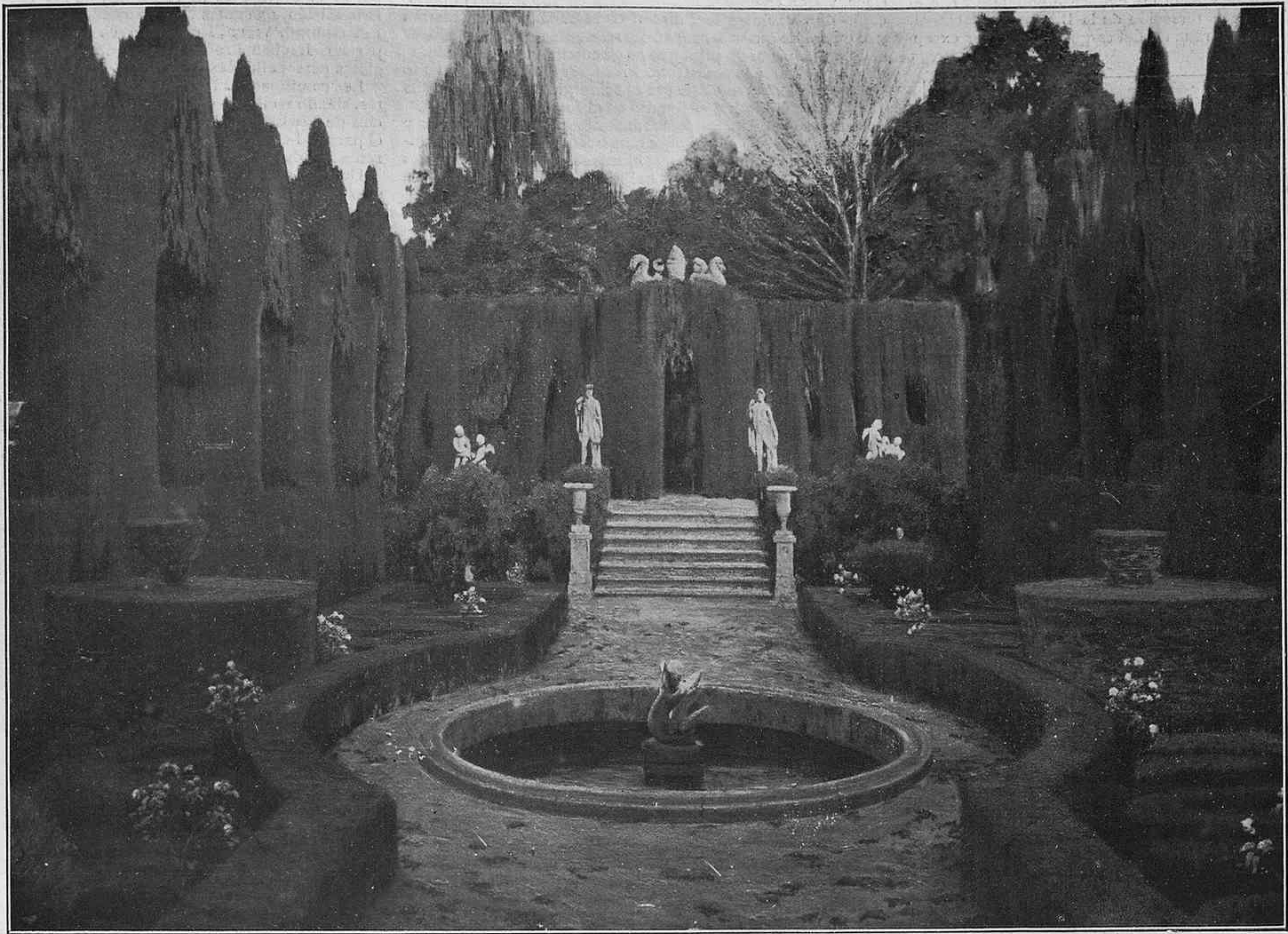
Bustos modelados por el famoso escultor Alonso Cano, que son propiedad de la Catedral de Granada y que han figurado en la Exposición de Arte Histórico que se ha celebrado en aquella ciudad con motivo de las fiestas del pasado Corpus. (De fotografías remitidas por José Martínez Rioboo.)



Episodio de la vida de San Pascual, cuadro de Julio Borrell que figura en la Capilla del Sacramento de la iglesia de San Francisco de Buenos Aires



Muerte de San Antonio, cuadro de Julio Borrell que figura en la Capilla del Sacramento de la iglesia de San Francisco de Buenos Aires



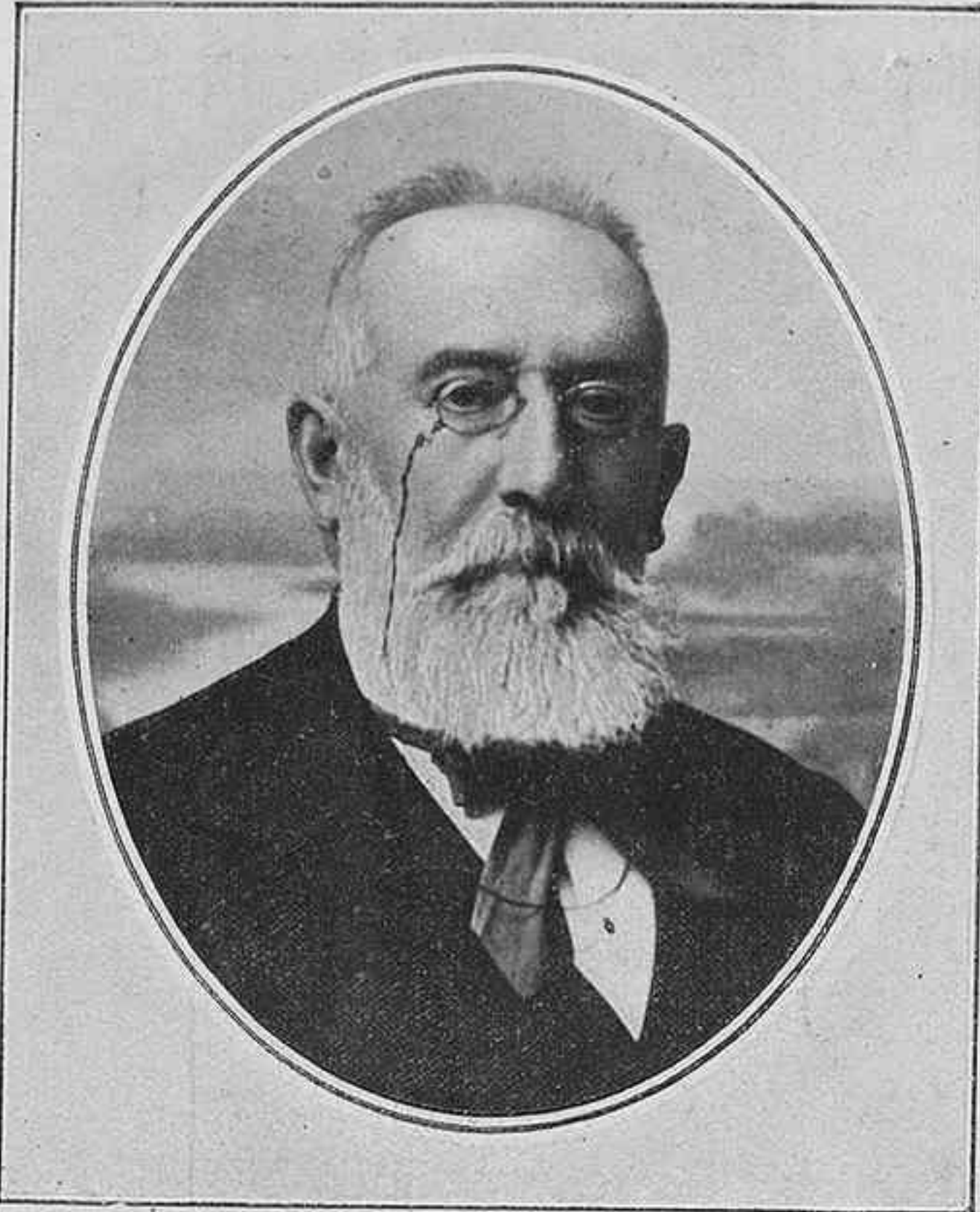
Jardín de Monforte (Valencia), cuadro de Santiago Rusiñol. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1912.)



Fauno viejo (Aranjuez), cuadro de Santiago Rusiñol. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, 1912.)

DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

Difícil era la sustitución del eminente polígrafo Sr. Menéndez y Pelayo en la dirección de la Biblioteca Nacional. La importancia extraordinaria del cargo y los méritos excep-



El ilustre literato D. Francisco Rodríguez Marín, nombrado director de la Biblioteca Nacional, en sustitución del eminente polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, recientemente fallecido. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

cionales del sabio por tantos conceptos ilustre que últimamente lo desempeñara, eran circunstancias que habían de hacer necesariamente ardua la elección.

Justo es, empero, consignar que el nombramiento de don Francisco Rodríguez Marín ha sido acogido con general aplauso y su designación unánimemente considerada como acertada y como justa, debida, no al favor ni a la influencia, sino a los grandes merecimientos del favorecido. Poeta inspiradísimo, literato castizo, erudito profundo, cervantista eminente, tan variados y altos talentos le abrieron hace tiempo las puertas de la Real Academia Española; sus interesantes estudios sobre algunos escritores clásicos le han conquistado el aplauso de los doctos y de los sabios; sus preciosas poesías, muchas de ellas modelo de clasicismo, sus bellísimas narraciones y sus hermosos cuentos, le han granjeado el aplauso del público inteligente.

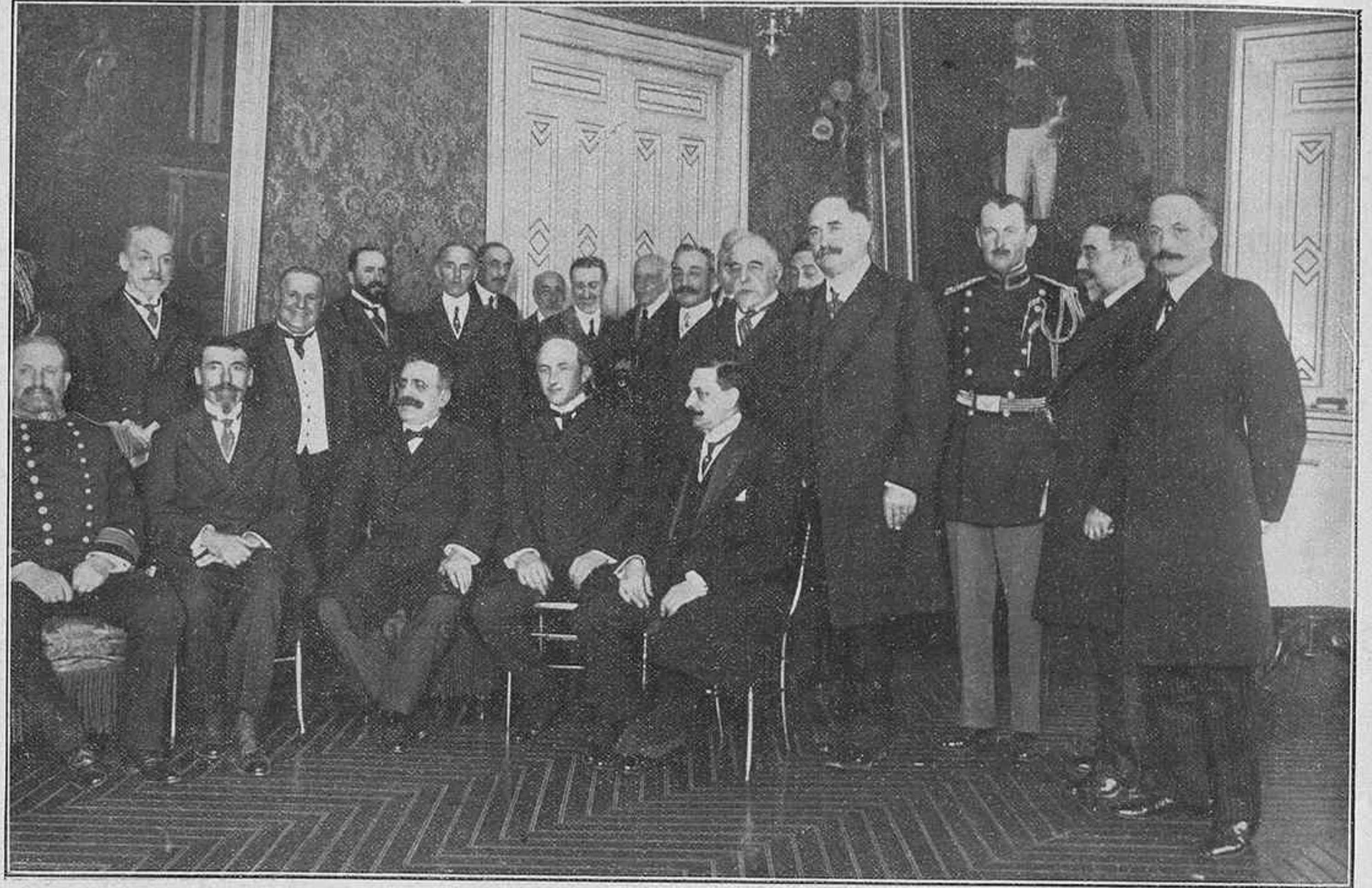
No es, pues, aventurado afirmar que en la dirección de la Biblioteca Nacional y en la jefatura del cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, será el Sr. Rodríguez Marín un digno sucesor de Menéndez y Pelayo.

LA CATÁSTROFE DEL SUMERGIBLE FRANCÉS «VENDEMAIRE»

En la mañana del día 8 de este mes, la tercera escuadra francesa que, al mando del vicealmirante de Marelles habí-

almirante *Saint-Louis*. De pronto los hombres puestos en la proa de éste para vigilar y señalar la presencia de los submarinos, vieron emerger a una distancia de 100 metros el periscopio de un sumergible; dieron en seguida la voz de alarma y el oficial de guardia ordenó marcha atrás e hizo funcionar el timón, pero por de prisa que se ejecutaron estas maniobras, no pudo evitarse la catástrofe. Produjose un choque violento y el *Vendemiaire*, que éste era el sumergible, partido en dos a la altura del kiosco, se hundió en el fondo del mar.

Detúvose la escuadra, lanzáronse al agua algunas canoas y durante una hora practicáronse numerosos sondeos; pero pronto se adquirió la certeza de que el salvamento de los naufragos era imposible: el submarino hallábase a una profundidad de 53 metros, lo que excluía toda esperanza de salvación.



Madrid.—La comisión norteamericana que ha ido a la corte a invitar oficialmente a nuestra nación para que concurra a la Exposición Internacional que se celebrará en San Francisco de California, en 1915, con motivo de la inauguración del Canal de Panamá. Los comisionados en el Ministerio de Estado después del almuerzo con que los obsequió el ministro. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

La escuadra prosiguió entonces su marcha hacia Cherburgo, quedando en el lugar de la catástrofe el crucero *Marseillaise* y el contratorpedero *Harpon*.

El *Vendemiaire* era un sumergible del tipo de los llamados *Pluvioses*; desplazaba 400 toneladas cuando navegaba en la superficie; tenía 51 metros de eslora por 5 de manga; estaba dotado de dos motores, uno de vapor, que utilizaba en su marcha por la superficie y que le imprimía un andar de 13 nudos, y otro eléctrico para la navegación submarina que le daba una velocidad de 8 nudos; y llevaba siete tubos lanzatorpedos. Mandábalo el teniente de navío Prione y su dotación se componía de un segundo oficial y de veintidós suboficiales y marinos.

la inauguración del canal de Panamá, ha estado recientemente en Madrid una misión norteamericana, nombrada por el Presidente de la República de los Estados Unidos. Esta misión, que antes había visitado Londres, Berlín, San Petersburgo, Viena, Roma, Bruselas y París, está presidida por Mr. Reuben Brooks Halle y de ella forman parte prestigiosas personalidades.

Los comisionados llegaron a Madrid el día 9 de los corrientes, siendo recibidos en la estación por el encargado de negocios de los Estados Unidos, Mr. Gustavo Scholle y por todo el personal de la legación y poco después de su llegada fueron a saludar al ministro de Estado.

Durante su breve estancia en Madrid, los comisionados han sido obsequiados con una comida en el Hotel Ritz por mister

Scholle y con un almuerzo por nuestro ministro de Estado, habiendo precedido una audiencia que les concedió Su Majestad el rey D. Alfonso.



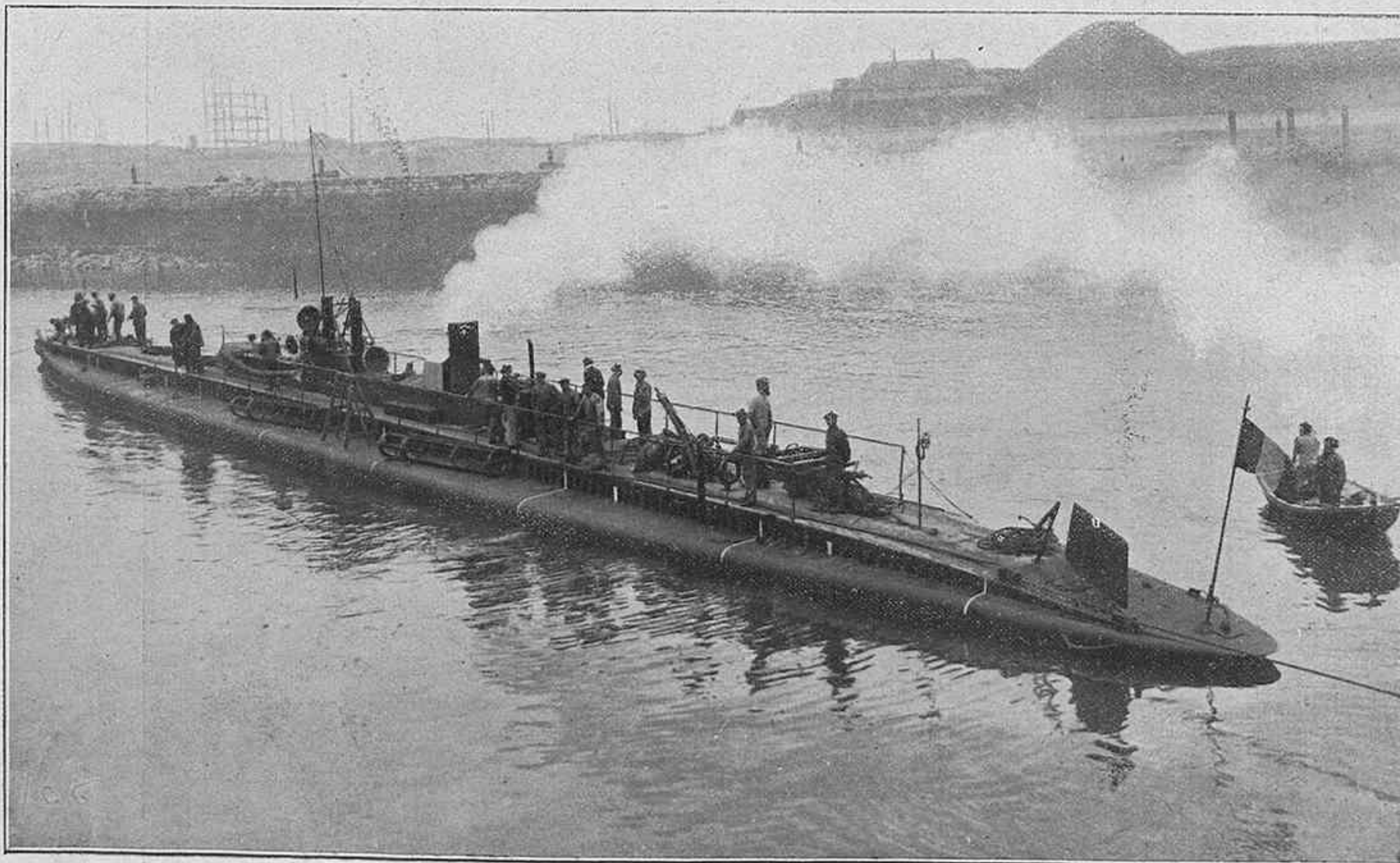
Julio Ricordi, director de la casa editorial de música de su nombre, universalmente conocida, fallecido en Milán en 7 de los corrientes. (Fot. Argus Photo-Reportage.)

JULIO RICORDI

Repentinamente falleció el día 7 de este mes en Milán Julio Ricordi, que desde hacía veinticuatro años hallábase a frente de la conocida casa editorial de su nombre.

Había nacido en aquella ciudad en 1840 y en su niñez dedicóse a la música; pero a la edad de diez y nueve años alistóse en el ejército, ganando muy pronto el grado de teniente. Fué ayudante del general Cialdini, con quien hizo varias campañas, terminadas las cuales reanudó sus estudios hasta que la muerte de su padre le obligó, en 1888, a encargarse de la dirección de la casa editorial.

Cultivó con éxito la literatura, la música y la pintura y fué gran hombre de negocios.



El sumergible francés «Vendemiaire» que el día 8 del corriente se fué a pique en aguas de Cherburgo a consecuencia de un choque con el acorazado «Saint-Louis.» (Fot. M. Branger.)

salido la víspera de Brest, dirigióse hacia la rada de Cherburgo. Habíasele advertido que antes de entrar en ésta sería atacada por una flotilla de submarinos y, en efecto, apenas estuvo en el sector señalado para los ejercicios el *Messidor* simuló con éxito el lanzamiento de un torpedo contra el buque

UNA MISIÓN NORTEAMERICANA EN MADRID

Con objeto de invitar oficialmente a nuestra nación a que tome parte en la gran exposición internacional que se celebrará en San Francisco de California, en 1915, con motivo de

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



... y cuando estuvieron instalados en la terraza del café, delante de sendos bocks ..

—Sí la única, respondió Francisco de Lorgerac sin inmutarse. En cambio yo no podía olvidar que aquella desgracia de familia ponía en mis manos una fortuna inesperada.

Y al ver que Enrique casi involuntariamente había hecho un gesto significativo, añadió:

—No, amigo mío, esa fortuna no merece tu desdén, como no mereció el mío. La vida es la vida y el mal de los unos aprovecha a otros.

—El provecho ha sido enorme.

—Considerable, en efecto. Rolando sólo dejaba deudas y sólo estas deudas habrían heredado sus derechohabientes... Pero en el porvenir únicamente yo había de suceder a nuestro tío.

—En cambio, si Rolando se hubiese casado y hubiese tenido un hijo...

—Ese hijo ocuparía tu sitio en este comedor; pero, añadió en un tono que a Enrique le pareció más nervioso y vibrante que de costumbre, como Rolando no dejó esposa ni hijo, somos tú y yo los que comemos aquí frente a frente... Y dejemos en paz a Rolando en Río Frío en donde duerme el sueño eterno.

—Solo, olvidado, lejos de Francia y de los suyos! ¿Cómo nuestro tío no hizo traer su cadáver, siquiera para que descansase junto a los que tanto le habían amado?

—¡Vuelta con el sentimentalismo! Rolando descansa allí rodeado de sus compañeros de batalla y el monumento que cubre su tumba lleva su nombre y el de su amigo, muerto al mismo tiempo que él y junto a él enterrado.

—¿El teniente de Albigny, verdad?

—Sí, un excelente muchacho que por su mala suerte ascendió también a los veintiséis años a la categoría de héroe. La tumba en que reposan él y Rolando está delante de las de sus soldados cuyas modestas cruces de piedra parecen dar guardia de honor al monumento de los dos oficiales. Conque ya ves, joven sentimental, que habría sido una impiedad destruir aquella fúnebre glorificación de Rolando.

—Y de todos los allí enterrados, ¿sólo conocía usted al teniente de Albigny?

—Únicamente a él y aun por haberlo encontrado

aquí en París mientras estaba en uso de una licencia; sin esta circunstancia, como yo no estuve nunca en Argel que es en donde se hallaba el regimiento de Rolando... Pero, ¡calle! Ahora recuerdo que conocía a otro de su regimiento, un muchacho nacido en Aspremont que se alistó en el regimiento de cazadores de Africa al mismo tiempo que Rolando... Ya de niños eran los dos muy amigos, tan mala cabeza el uno como el otro... Sí, sí, se llamaba Cesáreo Honorat.

—¿Llegó a oficial como nuestro primo?

—¿Él? ¡Qué disparate! Era un pobre labriego hijo del herrador, del tío Honorat, y a lo sumo debía saber leer, escribir, contar y montar a caballo. Buen jinete sí lo era; en Aspremont se les veía todo el día a él y a Rolando adiestrando potros, y la verdad es que no lo haría mal aquel diablillo de Cesáreo que, por su familiaridad con mi primo, gastaba una insolencia intolerable.

—Siendo así, Rolando seguiría otorgándole su amistad.

—Naturalmente; parece recordar que en una

de sus cartas me decía que había podido hacerle llegar a sargento.

—¡Un sargento!, repitió Enrique con voz alterada. ¿Y estaba también en México?

—Es muy posible.

—Lo pregunto porque Rolando pudiera haberse lo escrito a usted. ¿Le escribía a usted con frecuencia desde México?

—Con intermitencias pero bastante a menudo. ¿Por qué me haces estas preguntas?

Enrique vaciló. ¿Se confiaría a su padre? No; instintivamente comprendía que no había llegado aún el momento oportuno de comenzar lo que al principio sería una lucha; así es que con un ligero rubor que su padre no se cuidaba de observar respondió:

—Por nada; por conocer algunos pormenores de ese hombre de Aspremont, del hijo del tío Honorat...

—Que continúa herrando en la carretera, algo más allá de la verja del castillo.

—Sí; muchas veces me he detenido a verle trabajar y esto ha hecho que me interesara cuando usted ha hablado de su hijo. Recuerdo perfectamente a ese anciano con su barba blanca en la que había aún mechones amarillos... Cuando joven debía ser pelirrojo, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y su hijo, ¿lo era también?

—¡Vaya unas preocupaciones!, exclamó Lorgerac no pudiendo contener la risa. Efectivamente el muchacho era pelirrojo, todavía más que su padre.

Hablaron luego de otras cosas y la conversación languideció hasta que ambos acabaron por guardar silencio. El padre pensaba en sus negocios; el hijo sentía acosado por un presentimiento que pronto fué una obsesión. Aquel sargento que lloraba porque veía morir en sus brazos a su teniente, y cuya barba rojiza había observado su prima, debía ser forzosamente Cesáreo Honorat. ¿Qué otro habría profesado a un oficial un afecto tan profundo que se exhalaba en lágrimas? ¡Un soldado! ¡Un hombre avezado a ver la muerte cara a cara y familiarizado con el espectáculo de los compañeros, de los amigos que a su lado sucumben! Sólo vínculos creados en la infancia podían explicar aquella emoción. Sí, era Cesáreo Honorat.

Además, en cuanto se levantaran de la mesa, Enrique iba a cerciorarse de ello. Lo que no se atrevería a preguntar a su padre, porque ahora temía despertar en éste, antes del momento por él elegido, dudas e inquietudes, se lo diría otra persona que de cosas pasadas le contaría tanto o más de lo que deseaba saber. Esa otra persona, era Antonio, el ayuda de cámara del difunto conde Gerardo que hacía cincuenta años que servía en la casa, sin haberse separado nunca de su amo, que pasaba en Aspremont todo el tiempo que allí permanecía aquél y que, según parece, había sentido una profunda pena por la muerte de Rolando... Una pena, pensaba amargamente Enrique, que ni la ausencia, ni la diferencia de gustos y costumbres, ni la desigualdad de condiciones había podido mitigar. Era, pues, a no dudar, otro sentimental en estado de inferioridad respecto de los hombres prácticos parecidos a alguien cuyo nombre no osaba ahora Enrique pronunciarse a sí mismo. Pero a lo menos debía haber recogido y guardado fielmente en su memoria todo lo que hubo de decirse y relatarse en el momento de la muerte del hijo de su amo y que asimismo debía conocer toda la crónica de Aspremont y saber, por ende, punto por punto la historia de Cesáreo Honorat.

Así es que cuando, terminada la comida, padre e hijo se separaron, Enrique, en vez de salir, como tenía por costumbre, subió a su despacho, al despacho en donde Manuela Casteras..., no, Manuela de Aspremont, había desfallecido bajo el peso de la amenaza, y llamando a un criado le preguntó:

—¿Dónde está Antonio?

—En la cocina, acabando de comer.

—Pues cuando concluya dígame usted que venga.

Momentos después presentó el anciano.

—No era necesaria tanta prisa, díjole Enrique.

—Ya había terminado, señorito.

—Pues siéntese usted, que tenemos que hablar.

—Cuando usted quiera, respondió el viejo sentándose gustoso en la silla que el joven le indicaba.

Al pobre hombre le flaqueaban las piernas y además no gastaba tantas ceremonias como con los demás con aquel muchacho que estaba aún en la cuna cuando él tenía ya canas.

—¿Está usted bien ahí?, preguntó Enrique.

—Perfectamente, señorito.

—Pues ahora cuénteme lo que sepa de Cesáreo

Honorat, del hijo del herrero de Aspremont. ¿Le conoció usted?

—¡Que si le conocí! ¡Lo que me hizo rabiarse cuando se juntaba con el señorito Rolando para ver quién inventaba mayores travesuras! El señorito Rolando era más atrevido, pero Cesáreo era más fuerte. Recuerdo que una vez...

—Y ese Cesáreo alistóse como soldado.

—En el mismo regimiento que el señorito Rolando y llegó a sargento. Entonces le vi, porque durante una licencia estuvo en Aspremont para enseñarnos unos galones nuevos. Era ya un buen mozo.

—Y tenía la barba roja, ¿no es verdad?

—Sí y la llevaba muy redonda como era moda, según parece, entre los cazadores de África.

—¿Y qué ha sido luego de él?

—Dejó el servicio.

—De modo que vive.

—Vivía por lo menos el año pasado cuando fuimos a Aspremont; me lo dijo su padre.

—¿No residía en el pueblo?

—Nunca reapareció por allí. Es un aventurero a quien agrada correr por el mundo.

—Pero su padre tendrá noticias suyas.

—Sí, cuatro letras de cuando en cuando, siempre que Cesáreo le mandaba dinero, porque el chico tiene buen corazón.

—De modo que el año pasado vivía... Y dígame usted, antes de dejar el servicio, ¿estuvo en México con mi primo Rolando?

—Estuvo allí con él y presencié su muerte, recordando su último suspiro.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por su padre a quien escribió a raíz de la desgracia. Yo vi la carta; no era muy larga pero lo bastante para hacernos llorar, porque Cesáreo tenía buen fondo y quería mucho al señorito.

—De manera que para saber dónde está bastará preguntarlo a su padre.

—No es necesario, yo puedo decírselo a usted.

—Pues dígame porque me conviene ver a Cesáreo.

—Le encontrará usted en el Tattersall de la calle de Pergolese en donde está empleado.

—¿En el picadero?

—Sí, señorito, y según parece tiene un buen empleo; es picador. No es por alabarle, pero recuerdo que ya de muchacho hacía proezas montando, en unión del señorito, los potros de Aspremont. Era un gran jinete, pero aun lo era más el señorito Rolando.

—¿Y no ha ido usted nunca a verle?

—El es quien debía venir a verme a mí, pero el «señor» no ha querido tomarse nunca esta molestia. Además creo que ahora se da importancia con los que le conocieron cuando llevaba los calzones agujereados; según parece, es todo un «señor», con su pantalón ajustado y sus botas... Aparte de esto, añadió el viejo guiñando el ojo, hay otra razón para que no venga por aquí; me figuro que, en otros tiempos, no estaba muy bien con el señor barón...

—¿Con mi padre?

—Sí, señorito Enrique. Ello data de cuando eran todos chiquillos y juntos diableaban en Aspremont. D. Francisco no lo aguantaba todo como el señorito Rolando y de aquí que se trabaran de palabras él y Cesáreo en varias ocasiones. Cosas de muchachos, pero que dejan huella, y a Cesáreo le habrá tal vez dado vergüenza presentarse al señor barón por miedo de que le recibiese mal. Creo que se ha equivocado pensando esto, porque el señor barón de seguro que no se acuerda de él. ¿Quién ha de ocuparse de él ahora? Solamente usted que tiene algo que decirle... ¿Sería una indiscreción, señorito Enrique, preguntar a usted qué quiere de Cesáreo?

—Un dato sobre cierta cosa que ocurrió en México en el escuadrón de mi primo Rolando.

—En seguida se lo dará a usted. ¿Quiere usted que vaya yo mañana al Tattersall?

—No, gracias, Antonio, iré yo mismo.

XI.—CESÁREO HONORAT

El Tattersall de la calle de Pergolese era picadero; casa de compra y venta y hasta de pensión de caballos, pero principalmente escuela de equitación y adiestramiento. Estaba montada por todo lo alto y su clientela era elegante y si no rica a lo menos lo parecía. En aquel tiempo todas las mujeres galantes que veían realizado su sueño dorado de tener coche y caballos, acudían allí para aprender a guiar el tronco que en seguida las elevaba a una alta categoría en la sociedad que se divierte; y todas las que querían saber montar iban a aquel picadero, en donde los caballos eran buenos, los profesores de equitación excelentes y el personal servicial y numeroso. Al mismo tiempo podían comprarse allí siempre ani-

males de bella apariencia, y el que quería desprenderse de alguno podía revenderlo sin que le explotaran demasiado. Allí se enviaban también los caballos difíciles y viciosos que, al cabo de unas semanas de trabajo en la pista, eran devueltos a sus propietarios enteramente inofensivos. Allí, en fin, estaba como primer picador «Don Cesáreo», como en la casa le llamaban y que era todo un personaje.

No se parecía aquel Cesáreo ni al aldeanito de Aspremont ni siquiera al sargento de barba resplandeciente y cutis tostado por el sol africano; había variado por completo. Entró en el Tattersall como empleado subalterno, para todo lo que se ofreciese, pero pronto había demostrado que pocos le aventajaban como jinete y sobre todo como adiestrador. Tenía inteligencia y puños, una suavidad paciente y una obstinación inflexible y en ocasiones una severidad que acababan por fatigar el humor caprichoso y por vencer la indocilidad de los caballos más indomables; en pocas sesiones convertía un animal feroz en un manso cordero.

Gracias a ese talento, Cesáreo había llegado a ser un hombre de importancia en el Tattersall y ahora sólo iba al picadero para montar los caballos que le llevaban ya ensillados. Su trabajo era casi una sesión a la que asistían con gusto los parroquianos y especialmente las parroquianas de la casa y en la que hacía efectos de piernas y de torso como un artista en pleno circo. Vestía irreprochablemente y a pesar de sus cuarenta y tres años mantenía ágil y flexible como a los veinte; de su antigua barba sólo conservaba un bigote retorcido que le favorecía y sobre todo le daba aire de joven. Esto último le interesaba mucho porque su flaco era el bello sexo; y en verdad no podía quejarse de la suerte, desde este punto de vista, porque en aquella sociedad fácil de la bohemia dorada tenía a menudo aventuras agradables. Cesáreo, que seguía teniendo el corazón joven, no quería que el resto de su individuo envejeciera; así es que luchaba, y luchaba con ventaja, pues en realidad sus años no le pesaban poco ni mucho.

Aquel día acababa de entrar en el picadero; tenía que habérselas con un endemoniado caballo inglés, de pura sangre, magnífico pero que no se dejaba montar en modo alguno. En cuanto sentía que ponían el pie en el estribo, comenzaba a dar coces, brinco y saltos de carnero; todos los picadores, todos los jockeys de su cuadra habían desistido de domarlo y en vista de ello lo habían llevado al Tattersall.

El animal estaba en el centro del picadero, sujeto de la brida por dos palafreneros, mirando con ojos solapados a aquel desconocido, embotado y que, látigo en mano, daba vueltas a su alrededor y no perdiendo de vista ninguno de sus movimientos. «Prueba, prueba, parecía decirle, que irás a rodar por la pista como los demás.»

En la galería que rodeaba al picadero había un público numeroso que se apretujaba para no perder detalle del espectáculo, ni más ni menos que en el circo cuando hay un debut sensacional.

Dos veces había intentado Cesáreo poner el pie en el estribo; pero, ¡que si quieres! La primera vez el caballo se había encabritado tan locamente, que con un ligero empuje se le habría podido tumbar; la segunda había saltado con las cuatro patas por alto y dado una vuelta tan violenta que derribó a uno de los dos palafreneros. En la galería, la gente se reía y hacía apuestas. «¡Montará! ¡No montará! ¡Un luis por el jinete! ¡Cinco luses por el caballo!»

—Señores, dijo Cesáreo, volviéndose un tanto molestado; cinco contra uno es demasiada prima.

Mientras hablaba, había dado unos pasos hacia atrás; luego, de repente, dió un brinco formidable, pasando por encima de la grupa del caballo casi sin rozarle con las manos, y quedó montado sobre la silla... Ni siquiera buscó los estribos que seguían golpeando la oincha; pero tenía ya la brida en sus manos y las rodillas apretadas como tornos contra los flancos del animal.

—¡Soltadle!, gritó.

Los palafreneros no se hicieron repetir la orden. Y entonces, después de unos segundos de azoramiento, de indecisión del caballo de tal modo sorprendido, entablóse una lucha loca entre el hombre y la bestia; una lucha durante la cual las rodillas del jinete, cada vez más rígidas, se incrustaban en los ijares del animal y las rodajas de las espuelas marcaban en el vientre de éste unas líneas rojas que con sus gotitas de sangre marcaban la arena de la pista. El animal, exasperado, intentaba los más espantosos ataques, las defensas más inverosímiles, hasta que, bajo la opresión de aquel hombre pegado a su lomo, se le vió bañado en sudor respirar fatigosamente y de pronto pararse sobre sus patas temblorosas y abrir espasmódicamente sus narices sanguinolentas como

si le faltasen el aire y el aliento a la vez. Sólo entonces el torno férreo de las piernas del jinete se aflojó un poco para que la vida penetrara en los pulmones del caballo. Y Cesáreo, después de haber hecho andar como quiso a la bestia aterrorizada, al paso, al trote y al galope, descabalgó entre una tempestad de aplausos de los espectadores.

Acudieron los palafreneros y Cesáreo les entregó el animal, que todavía temblaba, diciéndoles:

—Ahora podréis guiarlo con una cinta.

Y volviéndose a las damas que le aplaudían, añadió con su sonrisa más amable:

—Ya ven ustedes que cinco por uno era demasiada prima.

En aquel momento se le acercó un joven.

—Le felicito, caballero; su trabajo ha sido admirable. Los caballos de París no se resisten más a usted que se le resistían en otro tiempo los de Aspremont.

—¿Cómo? ¿Conoce usted aquella tierra?

—En ella nací, y muy cerca de la fragua del tío Honorat.

—¿Cerca de mi casa? Pues lo que es allí, en materia de casas de señores...

—No hay más que el castillo, ¿verdad?

—¿Nació usted en el castillo?

—Soy hijo del barón de Lorgerac.

—¿De D. Francisco? ¡No es posible! ¿Y viene usted aquí a aprender equitación? Pero, ¡ca! Usted debe saber montar..., y muy bien.

—Sólo he venido para ver a usted.

—Le habrían hablado de la sesión de hoy...

—Mentiría si dejase a usted en esta orencia. Cuando llegué aquí no sospechaba el magnífico espectáculo de fuerza y de audacia que iba usted a darme.

—¡Bah! Los potros de su tío de usted me enseñaron las tretas del oficio... Ese caballo inglés no necesitaba más que ser cogido de sorpresa y sentirse luego oprimido entre dos piernas sólidas como éstas. Ahora pueden montar las misas en él, que no meneará una pata sin pedirles permiso... Pero si no ha venido usted para asistir a la sesión...

—He venido para solicitar de usted una entrevista.

—Estoy a su disposición, Sr. de Lorgerac; pero hay aquí mucha gente. ¿Quiere usted que salgamos?

—Iba a proponérselo a usted.

—Aquí al lado hay un café...

Salieron del Tattersall y cuando estuvieron instalados en la terraza del café, delante de sendos bocks, preguntó Cesáreo:

—¿En qué puedo servir a usted?

—Usted fué testigo, ¿no es verdad?, de la muerte de mi primo Rolando de Aspremont.

Al oír este nombre, Cesáreo hizo un gesto expresivo de pesar y de compasión.

—¡Mi pobre teniente! ¡Ah, caballero! Ha sido ésta una de las penas más grandes de mi vida, porque si a alguien he amado en este mundo fué al señorito Rolando. Usted es demasiado joven y no puede saber lo bueno que era su primo, siempre con el corazón en la mano y el bolsillo abierto. Y nada orgulloso; a mí me trataba con la misma confianza que cuando hacíamos rabiar a su pobre padre... ¿Y cómo está el Sr. conde de Aspremont?

—Murió hace unos meses.

—¿Qué lástima! Era también un buen señor y no muy viejo; pero los buenos son los primeros que se van... ¡Cuando pienso que el señorito Rolando no tenía aún veinte años y que todo parecía sonreírle! Pero, exclamó como si de pronto se acordara de ello, ¿qué ha sido de su viuda, que estaba en cinta y a quien él tanto recomendó que viniese a Francia? Veinte veces se me ha ocurrido averiguarlo, pero llegado el momento, ¡tiene uno tantas cosas a que atender! No he vuelto a ver jamás a nadie de Aspremont con quien poder hablar de este asunto; además hace tantos años que salí de allí que, fuera de mi padre, al que siempre quiero ir a abrazar y no voy por falta de tiempo, creo que no conocería a bicho viviente... En fin, ahora sabré algo... Porque, ¡vaya si conozco a la viuda del señorito Rolando! El modo y la ocasión en que la conocí no son para olvidados.

—Precisamente vengo a hablar a usted de la señora de Aspremont.

—¿Viene usted por algo que interesa a la viuda de mi teniente?

—Y a su hija.

—¿Qué, fué una hija?

—Sí y se llama Rolanda.

—Como su padre. Ahora debe tener diez y siete años y, muerto su abuelo, el castillo debe ser suyo.

—La señorita Rolanda es una muchacha pobre

que no lleva el apellido de su padre y que vive de su trabajo.

—¿Qué me dice usted! ¿Y su madre?

—Hace como ella y sólo se la conoce por su apellido de soltera; la llaman doña Manuela Casteras.

—¿Pero, Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?

—Una desgracia, espantosa para esa pobre señora, ha hecho desaparecer a un mismo tiempo los testigos de su matrimonio, el sacerdote que lo celebró y el registro de la iglesia en que estaba inscrito.

—¡Ah, sí, el cura que murió combatiendo! Ya recuerdo, exclamó Cesáreo dando un profundo suspiro.

—Y cuando, hace diez y siete años, la señora de Aspremont vino a Francia obedeciendo la orden de su esposo moribundo...

—Sí, sí, yo oí cómo se la daba.

—Se estrelló contra la incredulidad hostil de aquellos a quienes no traía una prueba, ni un testigo, ni un documento..., nada que pudiera demostrar la realidad de su matrimonio.

—De modo que el conde...

—Ni él ni mi padre dieron crédito al relato de aquella pobre mujer.

Cesáreo estuvo a punto de decir: «No me extraña esto de D. Francisco,» pero pudo contenerse a tiempo.

—Usted, sin embargo, dijo, cree, al parecer, en él.

—Estoy firmemente convencido de que es verdad.

—Pues usted está en lo cierto. Yo estaba allí y estas manos sostenían la cabeza de mi teniente... Aquella pobre mujer, guapísima, caballero, volvíase loca de dolor. Y mi señorito, mientras tuvo un soplo de vida, le repitió siempre lo mismo: «Ve a Francia a encontrar a mi primo...» se refería a su padre de usted, «no pierdas un momento que él lo arreglará todo con mi padre.»

—De suerte que mi primo decía que mi padre...

—Lo arreglaría todo con el conde de Aspremont, sí, señor. Esto que digo estoy dispuesto a jurarlo delante de Dios.

—¿Y delante de mi padre lo juraría usted?

—Con las dos manos..., pero, añadió con marcada vacilación, he de advertir a usted una cosa.

—¿Cuál?

—No me doy cuenta exacta de lo que actualmente sucede en el seno de su familia de usted, y usted dirá sin duda que no me importa el saberlo; pero..., en fin, veo que usted busca el medio de hacer restituir a la señora de Aspremont su nombre y sus derechos; y comprendo asimismo que en este punto las ideas de usted difieren de las de su padre y que usted querría hacerle mudar de opinión, ¿no es esto?

—Casi, casi.

—Tanto mejor si lo consigue usted; pero yo también conozco a D. Francisco y si usted cuenta conmigo para hacerle entrar en razón, va usted equivocado...

—¿Qué? ¿Se negaría usted a declarar?..

—¡Yo! Delante de Dios, delante del demonio, delante de su padre de usted diré lo que sé y tendré una gran satisfacción si puedo prestar un servicio, pequeño o grande, a la viuda de mi pobre teniente y a su hija. ¡Pobres mujeres! Pobre muchacha! Y si se necesita de mí, estoy a la disposición para cuanto se quiera, a cualquier hora del día o de la noche... Mas no me refería a esto.

—¿Pues a qué?

—Ya he explicado a usted que D. Francisco y yo nos conocemos; pues bien, ahora le añado que no éramos amigos ni mucho menos... En cuanto me vea, no se mostrará muy propicio a escuchar mis historias... Y no crea usted que digo esto para evitarme una molestia, porque la mala acogida de su padre de usted no me quebrantaría ningún hueso... Pero a decir verdad y en interés de la misma señora de Aspremont, haría usted bien en encargar esta comisión a alguna otra persona.

—¿A quién? ¿Quién había con él y con usted cuando murió?.. Sí, también estaba el médico y hoy mismo pienso...

—¿Averiguar qué ha sido de él? Pronto lo sabrá usted; el mayor Duperrier murió en el buque que nos traía a Francia. En el momento de partir, dióle una fiebre pernicioso y a los tres días..., dos balas de cañón a los pies y, ¡al agua!

—¡Muerto!, exclamó Enrique desolado.

Aquel golpe era terrible. El pobre muchacho contaba principalmente con aquel testimonio de un caballero, de un oficial, de un espectador absolutamente desinteresado, medio el mejor, en su concepto, para comenzar a hacer vacilar a su padre. En efecto, aun prescindiendo de que Cesáreo no estaba en buenas relaciones con el barón, lo que era una dificultad más, podía sospecharse de él que era cómplice de intriga de Manuela, pues ni su carácter, ni su po-

sición, ni su género de vida le ponían al abrigo de tal sospecha. El solo, por consiguiente, de nada servía y más bien era peligroso.

Enrique siguió interrogando febrilmente a Cesáreo.

—¿Quién más estaba allí? ¡Haga usted memoria, por Dios! Tal vez de ello dependa el porvenir de la señorita Rolanda, de la hija de su teniente a quien usted tanto quería.

—¿Quién más?... repitió Cesáreo concentrando su pensamiento sobre aquellos viejos recuerdos. ¿Quién más? ¡Ah, sí!.. Había otro cazador del escuadrón..., ¡una buena pieza!, pero no importa; él también debe acordarse de todo.

—¿Cómo se llama?

—Victorino Delorme.

—¿Y usted sabe?..

—¿Lo que ha sido de él? No, ni creo que se le encuentre fácilmente porque era un pajarraco que nadie sabía de dónde había venido y que, una vez terminado el servicio, quien sabe adónde ha ido a parar... Yo jamás he oído hablar de él.

—¿Y no había nadie más?

—Nadie; el doctor Duperrier, Delorme y yo fuimos los únicos que estuvimos con el teniente hasta que exhaló el último suspiro.

Enrique guardó silencio. No estaba desalentado, pero sí desolado. Desde el primer día, desde los primeros pasos, topaba con dificultades imposibles de prever. Al encontrar a Honorato creía haber logrado una gran cosa; merced al testimonio de aquel hombre y sobre todo al del médico, pensaba ver aparecer la luz que poco a poco iluminaría la tenebrosa aventura y que acabaría por deslumbrar a su padre... Y todo volvía a quedar sumido en la obscuridad como la víspera, como durante los diez y siete años de sombra y de ceguera. De los testigos de la agonía de Rolando, Enrique sólo podía disponer de Cesáreo, cuyo testimonio perdía, por lo mismo, todo valor moral y no haría la menor mella en el ánimo del barón de Lorgerac.

—¿Qué hacer?, murmuró.

—¿Qué hacer?, repitió Honorato. ¡Ah! Si yo estuviera en el lugar de usted, si tuviese verdaderos deseos de poseer la clave del enigma, ya sé lo que haría.

—¿Qué haría usted?

—Dejarme de paliativos y buscar la solución del asunto sobre el mismo terreno.

—¿En México?

—Cabal.

—Pero, una vez allí, ¿a quién me dirigiría, a quién encontraría?

—Quizás encontraría usted muchas cosas que habían desaparecido y que en diez y siete años han tenido tiempo de reaparecer. Vamos a ver, reflexione usted. En lo que sucedió en México hubo una desgracia irreparable, pero ha habido también algo más; la desgracia fué la muerte de mi teniente, del cura y de los testigos de la boda.

—Uno de los testigos, sin embargo, no había muerto entonces y acaso vive todavía... Era un pobre hombre, el marido de la nodriza de la señorita Casteras; pero como le era tan adicto y como su testimonio, sospechoso siempre, había de serlo aún más en aquellas circunstancias, la viuda de Rolando no se atrevió a utilizarlo.

—Pues hizo mal; era menester presentar ese testigo aunque se discutiera y pusiera en duda su declaración... Aquel hombre debía hablar, escribir, firmar algo; siempre habría valido esto más que nada. ¿Cómo la señora omitió esto?

—Por miedo de que su padre maltratase a aquel infeliz por haber facilitado el matrimonio que ella contraía a espaldas de su familia. Y cuando vió que la desgracia se cebaba en ella, que no quedaba nada para demostrar que no mentía al afirmar la realidad de aquella boda, cuyo principal testigo, el Sr. de Albigny, había muerto lo mismo que el cura, se compadeció del pobre Gutiérrez y dijo a su padre que el otro testigo había desaparecido también.

—Y entonces su padre la echó de su casa, ¿no es verdad? En el escuadrón díjose algo de esto, porque figúrese usted si se habló de lo ocurrido en el atrio de la iglesia entre el Sr. Casteras y su hija; pero al día siguiente emprendimos la retirada y estábamos muy lejos de Río Frío... Lo que supimos después lo supimos por referencias y nos figuramos que el viejo D. Pablo, hombre brusco si los hay, había expulsado a su hija sólo porque se había casado con un francés y porque aquel matrimonio no le convenía.

—La arrojó de su lado porque no creyó en aquel casamiento que no constaba en el registro de la iglesia de Río Frío.

—¿Se conservaba el registro en la iglesia?

—Sí.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Mitin de aviación. — Durante la pasada semana se ha efectuado en los terrenos del antiguo Hipódromo un mitin de aviación en el que han tomado parte los conocidos aviadores espa-



Grupo de los principales aviadores que han tomado parte en el mitin de aviación recientemente celebrado en esta ciudad

ñoles y extranjeros Menéndez Valdés, Sánchez Besa, Bouvier, Berdier, Poumet, Laurens, Lacombe y Benoit.

El primer día, Bouvier, en biplano Goupy, efectuó un vuelo que duró 24 minutos y en el que el aviador alcanzó la altura de 800 metros y efectuó un bonito *atterrissage*. Después, se elevaron Laurens, quien, en un monoplano Duperdussin, permaneció en el aire 6 minutos y 30 segundos, y Benoit, que, en un biplano Sánchez Besa, voló durante 22 minutos. Este último, cuando se hallaba a regular altura, tuvo una *panne* del



Tiro de Pichón. — Campeonato de Barcelona. — D. Julio Urcola, ganador del primer premio, medalla de oro y 3 000 pts.

motor que le obligó a descender precipitadamente, sin que por fortuna sufriese el menor daño. El segundo día realizáronse las primeras pruebas del concurso de velocidad, en las que sólo tomaron parte, por no tener los demás los aparatos dispuestos, Bouvier y Laurens. El primero, en un biplano Goupy, hizo el recorrido previamente fijado y después dió un largo paseo aéreo, al terminar el cual hizo un magnífico *atterrissage* en espiral. Permaneció en el aire 27 minutos y medio y se elevó a 430 metros. Laurens se limitó a hacer el recorrido, empleando en él 9 minutos y 46 segundos. Terminadas estas pruebas, Bouvier efectuó algunas evoluciones y Laurens se elevó llevando como pasajero al ingeniero D. Sixto del Campo.

El tercer día efectuóse la segunda prueba del concurso de velocidad, habiendo volado Goupy y Poumet, quienes demostraron gran destreza en las evoluciones que ejecutaron. Después elevóse Laurens, llevando a bordo como pasajero a D. José M.^a Bosch y permaneciendo en el aire 4 minutos y 34 segundos.

El mal tiempo deslució algo las pruebas del cuarto día; sin embargo, realizaron notables vuelos Lecombe y Poumet. Este último realizó virajes y *atterrissages* muy atrevidos con extraordinaria seguridad.

Cuando escribimos estas notas no han terminado aún las pruebas de los principales concursos que constituyen el mitin; pero a juzgar por las efectuadas hasta ahora, bien puede asegurarse que la actual fiesta de la aviación habrá sido la más importante de cuantas de este género se han celebrado en Barcelona.

Corrida benéfica. — Organizada por la aristocrática sociedad Círculo Ecuéstre con un objeto benéfico, efectuóse el domingo día 9 del actual una corrida de toros en la Plaza Nueva o de las Arenas. El nombre de la entidad organizadora; el propósito filantrópico que la animaba; el cartel de la corrida y la circunstancia de presidirla, como asesor de las señoritas encargadas de la presidencia honoraria, el célebre exmatador de toros Rafael Guerra (*Guerrita*), ya permitan suponer que la fiesta revestiría excepcional brillantez. El aspecto de la plaza era verdaderamente deslumbrador: los palcos, las delanteras, hasta los tendidos, hallábanse ocupados por las familias más distinguidas de nuestra mejor

sociedad; la mayoría de las señoras y señoritas ostentaban elegantísimos trajes y muchas de ellas lucían la clásica mantilla blanca, no faltando tampoco algunas que ostentaban ricos mantones de Manila. El conjunto formaba un espectáculo de una belleza, de una animación y de un colorido indescriptible.

Un formidable aplauso saludó la aparición en el palco presidencial de las presidentas ho-



Corrida de beneficencia organizada por el Círculo Ecuéstre. Las presidentas de honor y el célebre exmatador de toros «Guerrita»

norarias, que, elegantísimamente ataviadas, formaban un grupo encantador. Eran las señoritas Josefina Juliá, María Desvalls, Inés Sagnier, Mercedes Bosch, Manolita Ricart, María de Sentmenat, Mercedes de la Riva e Isabel de Satrústegui. El aplauso se reprodujo más estruendoso si cabe cuando apareció en el palco *Guerrita*;



Vista de las tribunas durante los concursos

el público en masa puesto de pie y agitando los pañuelos, tributó una ovación calurosa al célebre exmatador de toros, quien sintióse tan emocionado ante aquella entusiasta manifestación de afecto, que no pudo contener las lágrimas.

La corrida fué muy notable; los cuatro toros del duque de Veragua y los cuatro de Moreno Santamaría dieron mucho juego, y los espadas Machaquito, Pastor, Gallo y Manolete hicieron excelente faena.

La fiesta fué, pues, bajo todos conceptos un éxito grandioso y seguramente habrá dejado una cantidad considerable que servirá para aliviar no pocas necesidades. El Círculo Ecuéstre ha realizado una buena obra y por ello ha merecido unánimes y entusiastas felicitaciones.

Tiro de pichón. — En el Tiro de pichón de Miramar se están celebrando varias tiradas extraordinarias organizadas por la Real Asociación de Cazadores de Barcelona y en la que toman parte los más distinguidos tiradores de esta capital y de otras ciudades de España.

Entre los concursos más importantes hasta ahora efectuados figuran el de la Copa del Rey y el del Campeonato de Barcelona.

Optaron al premio de S. M. treinta y siete tiradores, habiéndolo ganado el Sr. Jordana, que mató el pichón décimoséptimo, en reñida lucha con el conde de Villares y los Sres. Pérez y Rocamora.

El segundo premio lo obtuvo el conde de Villares, que mató el pichón décimosexto y equivocó el décimoséptimo. Los Sres. Rocamora y Pérez equivocaron el décimoquinto y el décimosexto respectivamente.

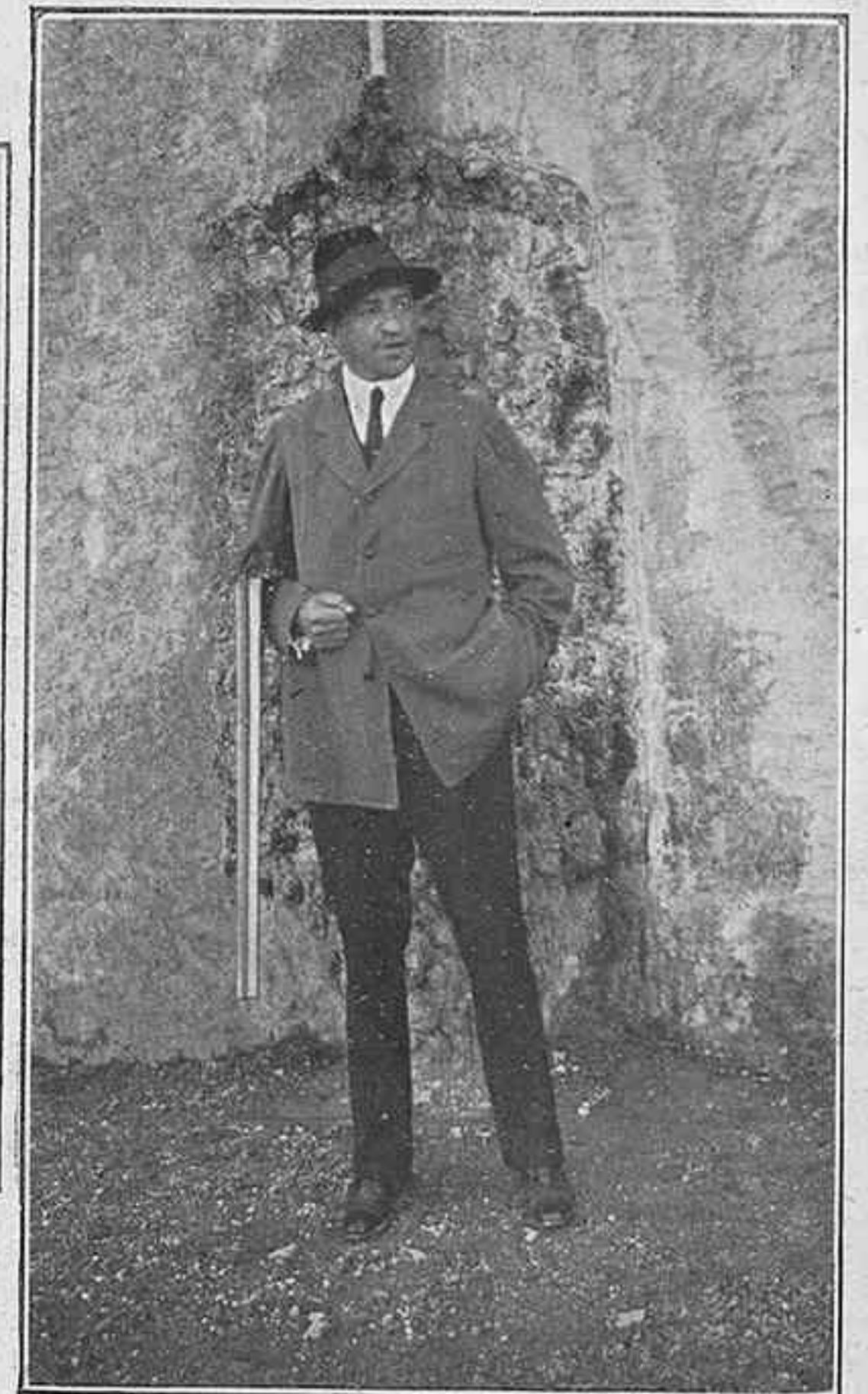
Para el Campeonato de Barcelona inscribiéronse treinta tiradores, de los cuales quedaron excluidos en la prueba del primer día diez por haber tenido tres cerros, y en la del segundo diez y ocho, quedando en la lucha los Sres. Urcola (J) y Ochoa.

El primero ganó la medalla de oro del campeonato, 3.000 pesetas del premio de la Sociedad y 4.027'50 pesetas producto de la rifa y subasta de escopetas; el segundo, la medalla de plata y 1.500 pesetas.

Es grandísimo el interés que ha despertado el concurso y mayor aún el de quienes serán los ganadores de los demás premios. — R.



Tiro de Pichón. — D. Antonio Jordana, ganador de la Copa del Rey



Campeonato de Barcelona. — D. Luciano Ochoa, ganador del segundo premio, medalla de plata y 1.500 pesetas.

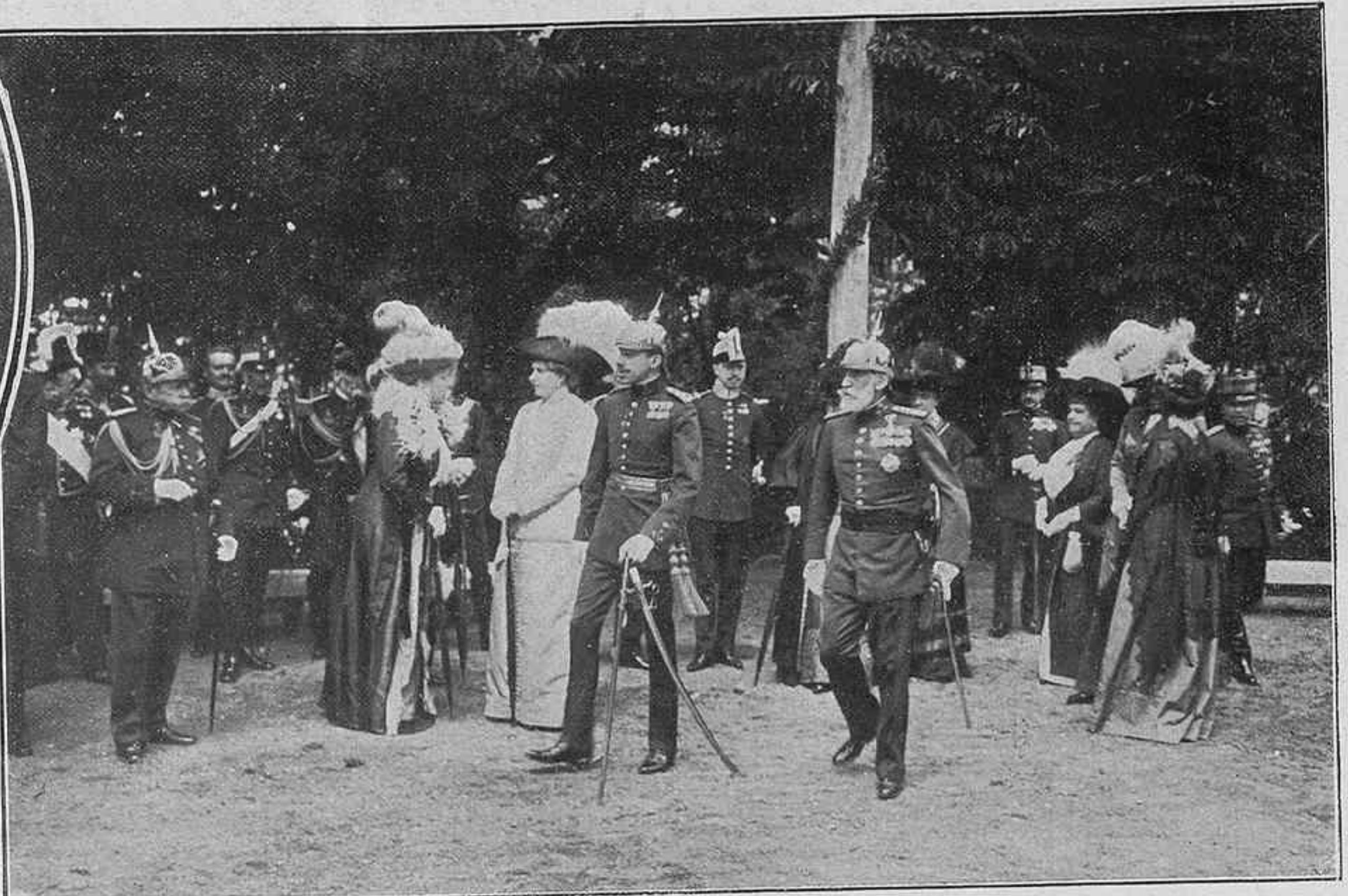
ACTUALIDADES MATRITENSES

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO AL CABO NOVAL.—OBSEQUIO AL PINTOR PINAZO

(Fotografías de Asenjo y Salazar.)



Monumento erigido a la memoria del heroico cabo Noval obra de Mariano Benlliure



SS. MM. en el acto solemne de la inauguración del monumento, que se efectuó el día 8 del actual

En los comienzos de la actual campaña del Rif fué hecho prisionero por los moros un cabo de nuestro ejército llamado Luis Noval. Ofrecieronle aquéllos ponerle en libertad si les indicaba el sitio por donde, sin riesgo, podrían penetrar en el campamento español y él prometió hacerlo así. Pero cuando, seguido de sus enemigos, llegó junto a las alambradas, gritó con todas sus fuerzas a sus compañeros: «¡Tirad, tirad, que vienen los moros!» Inmediatamente sonó una terrible descarga; los moros cayeron acribillados, mas también cayó muerto el heroico cabo, que no vaciló en hacer ofrenda de su vida a la madre patria.

Apenas conocido este rasgo de heroísmo, la Junta de damas presidida por S. M. la reina y constituida con objeto de allegar recursos para las víctimas de la campaña, abrió una subscripción para erigir un monumento al cabo Noval, encargando la ejecución del mismo al ilustre escultor Mariano Benlliure. A los esfuerzos y trabajos de la Junta, y muy singularmente de la marquesa de Squilache y de la condesa de Pardo Bazán, y al desinterés del laureado artista, débese que en poco tiempo haya podido ser una realidad el proyecto y se haya levantado, no un monumento modesto, sino una obra grandiosa y de belleza extraordinaria. Un hecho solo citaremos en apoyo de esta afirmación; para allegar recursos a fin de abonar el último plazo de las obras que importaba 25.000 pesetas, la marquesa de Squilache organizó en su palacio una fiesta que produjo 20.000; faltaban, pues, 5.000 y al enterarse de ello, Benlliure envió a la noble dama esta cantidad como precio de su billete de entrada a la fiesta referida.

La inauguración del monumento se efectuó el día 8 y fué presidida por Sus Majestades el rey D. Alfonso XIII y las reinas Doña Victoria y Doña María Cristina y por SS. AA. los infantes don Fernando y D. Carlos y las infantas Doña Isabel, Doña María Teresa y Doña Luisa.

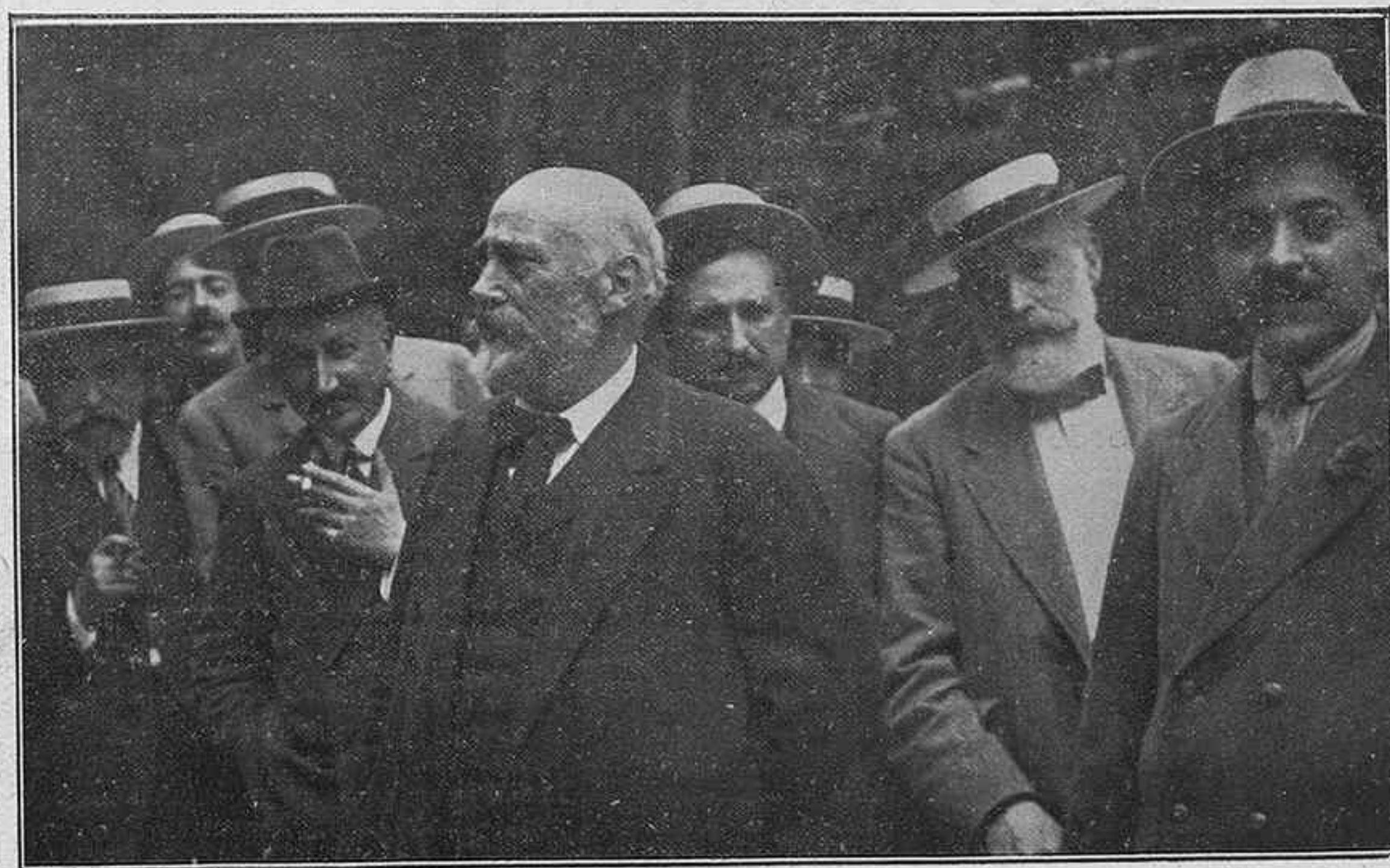
Llegadas las reales personas al sitio en donde se levanta el monumento, el ministro de la Guerra pronunció un elocuente y patriótico discurso ensalzando la memoria del cabo Noval. Después, S. M. desató una cinta que sujetaba las banderas que envolvían el monumento, mientras las bandas ejecutaban los himnos de sus batallones y el público emocionado se descubría respetuosamente.

El monumento, que se alza en la plaza de Oriente, es una obra soberbia, digna de su ilustre autor. En la parte superior, la figura de la Patria, personificada en una hermosa mujer del pueblo, sube atraída por su admiración al bravo soldado, y sostiene la bandera española desplegada, que sirve de fondo a la figura del cabo Noval; éste aparece entre las mieses y los abrojos del campo, en traje de campaña. En el frente del pedestal hay grabada la siguiente inscripción: «Iniciado por mujeres españolas, se eleva este monumento a la gloria del soldado Luis Noval. Patria, no olvidéis nunca a los que por ti mueren.»

Debajo hay un hermoso bajorrelieve que reproduce la trágica escena: los soldados españoles disparan sus fusiles; en el centro, el humo de los disparos se cierne sobre el grupo enemigo. El cabo Noval cae hacia atrás herido mortalmente y numerosos moros mueren también acribillados por las balas, mientras otros huyen despavoridos a campo travieso abandonando sus gurnías y fusiles.

En la parte posterior del pedestal aparecen grabados los nombres de la Reina Victoria, presidenta honoraria de la Junta, y de las señoras que componían ésta. Debajo se lee: «Gratitud a la cooperación de los españoles de ambos continentes.» y la fecha de la inauguración: «VIII Junio MCMXII.»

Para celebrar la concesión de la medalla de honor de la actual Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid al ilustre pintor D. Ignacio Pinazo, los admiradores y compañeros del veterano artista organizaron en su obsequio una *paella*, que se efectuó el día 8 del actual en los Viveros de la Villa. El exalcalde de Madrid Sr. Aguilera, el presidente del Círculo de Bellas Artes de Valencia y el celebrado artista Alejandro Ferrant pronunciaron discursos en honor del eximio maestro valenciano; Antonio Casero y Luis de Tapia leyeron algunas poesías y el Sr. Pinazo dió las gracias a los que le tributaban aquel homenaje.



El laureado pintor Ignacio Pinazo en los Viveros de la Villa, en donde fué obsequiado por sus admiradores con una «paella» por haberle sido otorgada la medalla de honor en la actual Exposición Nacional de Bellas Artes.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

ZEITZ



GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR
E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual,
corta los retrasos y
supresiones asi como
los dolores y cólicos
que suelen coincidir con las
épocas.

PARIS, 8, Rue Violonne
y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS

INTERLAKEN (SUIZA).—UNA REPRESENTACIÓN AL AIRE LIBRE DEL DRAMA «GUILLERMO TELL»

El llamado teatro de la naturaleza va propagándose con rapidez extraordinaria, y así como hace algunos años pudieron contarse fácilmente las poblaciones en que se daban representaciones al aire libre, hoy sería imposible enumerar los espectáculos de esta clase que en

al corazón del pueblo suizo como verdad inconcusa, digan lo que quieran los investigadores, los sabios y los eruditos.

No hemos de relatar todo el argumento del drama que en Interlaken se representa, pues



Una escena del tercer acto. El tirano Gessler ordena a Guillermo Tell que dispare su flecha contra una manzana sobre la cabeza de su hijo
(De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

todas partes se organizan. El ejemplo de Oberamergau, cuya *Fasión* ha llegado a alcanzar fama mundial, ha cundido; Orange y Beziere fueron las primeras ciudades que lo siguieron y el éxito fué tan grande, que no tardaron en hallar imitadores.

El pintoresco pueblecito suizo de Interlaken, uno de los sitios más hermosos y más visitados por los turistas de todo el mundo, ha querido tener también su teatro de la naturaleza y hace poco se ha representado en él el drama *Guillermo Tell*. La elección de la obra no ha podido ser más oportuna, porque se trata de uno de los hechos más hermosos que registran las tradiciones de la Helvecia y del héroe que aquella nación proclama como su libertador.

La historia ha querido en vano destruir lo que califica de leyenda: ésta ha podido más que la crítica y resistiendo a todos sus embates, aun hoy se ofrece a la mente y sobre todo

se trata de una obra sobradamente conocida. La escena que reproduce el adjunto grabado es quizás la escena culminante. Guillermo Tell se ha negado a saludar el sombrero de Gessler colocado en la punta de un asta; el tirano, indignado de aquella desobediencia y conociendo la destreza de Tell en el manejo del arco, le obliga, como castigo, a atravesar con una flecha una manzana puesta sobre la cabeza de su hijo. En vano Guillermo suplica; Gessler insiste en su resolución y Tell sale vencedor de aquella terrible prueba, cayendo luego desmayado en brazos del niño.

De la propiedad con que esta obra se ha representado puede formarse idea perfecta por la fotografía que reproducimos y que es una hermosa nota de vida y de colorido de lugar y de tiempo.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

LAS SET PRINCESAS. SOR BEATRIU, por *Mauricio Maerlinck*, traducción catalana de *J. Massó Ventós*.—Estas dos bellísimas producciones, perfectamente traducidas al catalán, forman un tomo de la Biblioteca Popular de «L'Aver» que con tanto éxito se publica en Barcelona. Precio, 50 céntimos.

MANUAL DEL AJUSTADOR, TORNERO Y FORJADOR, por *A. Liegart*, traducción de *Bartolomé Cerro y Acuña*.—En esta obra utilísima, escrita por el jefe de trabajos de la Escuela práctica de Industrias de Dijón, se describen de una manera minuciosa las herramientas, toda clase de trabajos de la lima, buril, cincel, etc., del torno ordinario para metales y de la máquina de taladrar; contiene, además, estudios sobre forja y unos interesantes datos sobre la organización y reglamentación de talleres. Un tomo de 120 páginas con 160

grabados, editado en Madrid por P. Orrier. Precio, 1'50 pesetas en rústica y 2 encuadernado.

POESÍAS de *Jorge Manrique*.—En un tomo de la Colección Diamante, que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Antonio López, se ha reunido por vez primera en España la colección completa de las poesías de Jorge Manrique, que hasta ahora estaban diseminadas en diversos cancioneros o aparecían truncadas. Un tomo de 190 páginas; precio, 50 céntimos.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida a nuestro representante en París. — Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être publiés à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grandes services. — Agréez, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY. — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN